

ANTZARRAK

El invento del kalimotxo y anécdotas de las fiestas



ANTZARRAK

El invento del kalimotxo y anécdotas de las fiestas



ANTZARRAK

El invento del Kalimotxo
y
anécdotas de las fiestas

ANTZARRAK

El invento del kalimotxo
y
anécdotas de las fiestas



Algorta
2001

© Antzarrak

Fotografías: Kepa Urquiza

Fotomecánica y Fotocomposición: Ikur, S.A.

Impresión: A.G. Rontegui, S.A.L.

Depósito legal: BI-3025-01

PRÓLOGO

El origen de este libro se debe a una discusión en una larga cena con una periodista de Madrid oriunda de Logroño, con un reto final de confirmar por escrito el origen de la palabra *kali-motxo*. En el curso de la velada se tocaron muchos temas serios, como el desarrollo urbanístico de Bilbao, y por casualidad se finalizó hablando de la palabra *kalimotxo*, que la periodista creía que había surgido en el año 1980, año en el que ella estuvo de visita en las fiestas de Bilbao. Su recuerdo había comenzado con el análisis de la evolución de la ciudad, y finalizado con una valoración de los servicios y los contenidos lúdicos de la misma. Como resultado de la conversación, se produjo un reto, que era la próxima edición de la historia del *kalimotxo*.

La longitud pretendida para el libro hace imposible tener la capacidad dialéctica suficiente para poder extender y relatar únicamente esta historia del origen de la palabra *kalimotxo*, surgida en el primer día de nuestras fiestas en el Puerto Viejo de Algorta. Por ello, intentamos hacer una exposición de cómo eran las fiestas en aquellos tiempos, contando algunas de las anécdotas de los años en los que participamos en la organización de las fiestas.

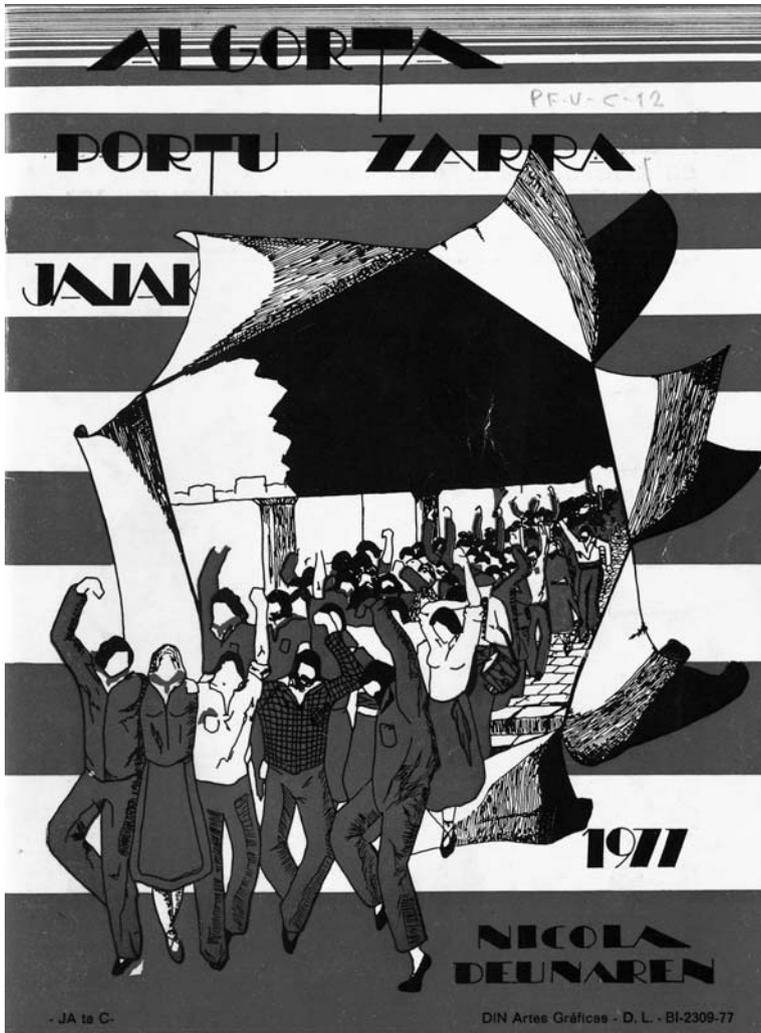
Aunque el contenido pretendido es completamente lúdico, no hemos podido abstraernos de la situación socio política entonces vigente, que probablemente tuvo una influencia fundamental en

el carácter, desarrollo, y en el alto grado de participación en las fiestas del Puerto Viejo. Estas fiestas concitaron el apoyo, la adhesión y hasta la complicidad de muchas personas, que la hicieron posible. Muchos años después del periodo relatado, fuimos recibiendo comentarios y supimos que, para muchos adultos que sufrían la intolerancia y otros excesos del sistema político y que se sentían desesperanzados, estas fiestas organizadas por gente joven, imaginativas, independientes, tremendamente participativas, basadas en la autogestión, y sin recursos financieros, les habían llenado de alegría y abierto un horizonte de optimismo.

Además hubo personas que tuvieron una actuación ruin. Sus acciones han sido relatadas, pero sus nombres han sido deliberada y piadosamente omitidos.

El origen de la palabra *kalimotxo* ha sido debatido infinidad de veces en programas radiofónicos, y diversas personas o grupos se han arrogado su paternidad. Este documento pretende zanjar definitivamente la cuestión. El sábado 12 de agosto de 1972, a las cinco de la tarde fue concebido el nombre. Sabemos que años más tarde fue registrado por una conocida marca de refrescos para su uso mundial, por lo que la propiedad jurídica del mismo les pertenece, por una usurpación, totalmente legal, aunque no autorizada por nosotros.

Las historias que relatamos a continuación ocurrieron en el Puerto Viejo de Algorta, en el entorno de sus fiestas. El Puerto Viejo es una zona urbana singular y antigua, uno de los primeros núcleos urbanos de Getxo, construido hace varios siglos sobre el acantilado. Antaño residencia de pilotos expertos en el manejo de los barcos que entraban en la Ría de Bilbao, y de pescadores de bajura.



Cartel de fiestas, 1977.

ÍNDICE

I. Nuestras primeras fiestas	13
El traspaso de la organización	13
Viaje a San Fermín, para aprender	13
Organización, cuadrillas y programa	14
Visita al Alcalde	15
El día anterior, compra de cabezas y acopio del bar de la comisión de fiestas	18
Primer día de fiesta, sábado	20
Segundo día de fiesta, domingo	28
Tercer y último día de fiesta, lunes	38
Nuestro fin de fiestas	43
II. Los principales festejos y contenidos	45
El cartel de fiestas	45
El <i>txo</i>	45
La bajada de las cuadrillas	45
Los acuáticos	50
Los musicales	55
La noche sin nada, los telediaros	57
El deporte rural	58
La <i>sokamuturra</i> con cucaña vertical	61
Los cabezudos	63
Los festejos infantiles	70
El marmitako	75

Los disfraces de las cuadrillas	77
El concurso de fotografía	78
El sistema de castigo	78
El ancla	82
La peregrinación a Begoña	85
III. Algunos nombres propios	89
La bondadosa señora	89
Bixente	94
Nuestras madres	95
Juantxin	97
Juani	98
La cuadrilla <i>Antzarrak</i>	99
Jon Lázaro	99
IV. Nuestras últimas fiestas	101
El presupuesto de fiestas	101
La visita de los extrañados	102
La regata de traineras	104
La Orquesta Mondragón	110
El traspaso	113
Epílogo	115

I.

NUESTRAS PRIMERAS FIESTAS

El traspaso de la organización

Durante la primavera, los miembros de la anterior comisión se acercaron a algunos de nosotros intentando convencernos para que participáramos en la organización de las próximas fiestas. Ellos ya estaban trabajando y no tenían tiempo suficiente para dedicarse a todos los aspectos de la organización y, si nadie se encargaba, desaparecerían. Nos reunimos y aceptamos la propuesta. Algunos de los miembros de la organización anterior se mantuvieron en los puestos de representación de la Comisión (Jerón, Armada, ..), durante algunos años.

Nuestra cuadrilla era de alrededor de unas 25 personas, de entre 16 y 19 años, la mayoría de 18, sin mucho conocimiento de organización de fiestas, ni de la marcha de la noche en el Puerto Viejo.

Viaje a San Fermín, para aprender

Una vez aceptamos esta propuesta, decidimos ir a San Fermín para aprender de las fiestas accesibles más conocidas y universales. Pedimos permiso en nuestras casas, y tras superar las reticencias iniciales, nos desplazamos en autobús, con poco

dinero y sin otros medios que la mochila y una pequeña e insuficiente tienda de campaña. Sobrevivimos 8 días, a base de bocadillos de chorizo de Pamplona, que odiamos después durante bastantes años, durmiendo cuando y donde podíamos, y manteniendo un nivel mínimo de higiene con baños diarios matinales en el río Arga.

Descubrimos los encierros, aunque para asistir a las corridas no teníamos dinero ni lo tendríamos para organizarlas en nuestras fiestas, y las peñas, que nos defraudaron por su escasa participación en la calle, ya que salvo a la salida de los toros y en algunos actos aislados, todos sus festejos los realizaban dentro de sus sedes.

Callejeábamos incansablemente, conocimos a gente de todas las latitudes y culturas, incluyendo los más insólitos especímenes. Participamos, como animadores, en las partidas de brisca de unas jubiladas en el Caballo Blanco. Una mañana realizamos una pequeña aportación, pintamos con tizas una inmensa pista para jugar a *iturris* en toda la plaza del Castillo, y cuando nosotros acabamos nuestro juego, dejamos a muchos extranjeros haciendo sus recorridos individuales a gatas por la plaza, mientras los mas cultos de entre ellos debatían en qué pasaje de sus relatos, el escritor Hemingway habría descrito tan extraño juego. Con ello descubrimos que cualquier chorrada resulta atractiva, cuando no hay ni dinero ni nada que hacer.

Organización, cuadrillas y programa

A la vuelta con nuestra pequeña experiencia acumulada y con el desparpajo propio de la edad, participamos en las últimas reuniones de las cuadrillas. Se acabó de definir el programa de fies-

tas, nos repartimos los festejos y nosotros asumimos la gestión del bar, parte esencial para la financiación de las fiestas.

Uno, aprendiz en una imprenta, se encargó de la impresión del programa de festejos, y para ello se procedió rápidamente a cobrar por adelantado la publicidad a los anunciantes, que escasamente cubría su coste. De momento, decidimos no pagar a la imprenta para disponer de fondos y poder atender a los gastos iniciales así como a las deudas del año anterior. El programa fue distribuido con gran agilidad para publicitar las fiestas por todo el municipio.

Visita al Alcalde

En las reuniones preparatorias, empezamos a ser conscientes de que las fiestas podían atraer a mucha gente, y dado lo reducido del espacio, nos preocupaba que éste quedara saturado en algunos festejos.

De las conversaciones sobre experiencias recientes y dado el momento reivindicativo, algo nos preocupaba más, la posibilidad de que apareciera la policía y realizara cargas indiscriminadas durante la noche en momentos de alta asistencia, lo que podría resultar trágico, dada la estrechez de las calles y caminos, las escaleras muy deterioradas, y la ausencia de posibilidades de evacuación.

La comisión saliente nos había indicado que solían visitar al alcalde, con una lista de la gente del pueblo que estaba haciendo el servicio militar para que el Ayuntamiento gestionara su permiso y así pudieran participar en las fiestas. Pensamos que sería oportuno ampliar la lista de peticiones. Nos veíamos muy



Inicio de la caída, 1975.

críos para un tema tan serio y delicado por lo que pedimos ayuda para que nos acompañaran a algunos de la comisión anterior.

Mientras avanzamos por la Avenida de Basagoiti deliberábamos sobre cómo plantearlo sin que viéramos la manera de hacerlo. Al atravesar la Iglesia de San Ignacio alguien, en plan jocoso, comentó que en la Sacristía estaban expuestas las fotos de Hitler, Franco y Mussolini, y aunque ninguno de nosotros las había visto, pensábamos que existían pocas dudas de que fuera cierto. Otros, políticamente más formados comentaron sobre los métodos de la elección de los alcaldes y la probable ideología de estos, lo que aumentó nuestra preocupación, nerviosismo e incertidumbre sobre los resultados de nuestra próxima gestión.

Llegamos al Ayuntamiento y entramos en el despacho del alcalde. Percibimos su sorpresa, aunque no comentara nada, dado lo numeroso de la representación de éste año para el motivo anunciado para nuestra entrevista, los permisos de los jóvenes del pueblo que estaban realizando el servicio militar. Le entregamos la lista y nos quedamos callados y expectantes. El alcalde, al permanecer sentados y tensos se dio cuenta de que queríamos transmitir algo importante. Para romper el silencio, nos preguntó por las fiestas, y comenzamos a explicarle algunos de los contenidos del programa de fiestas. Repentinamente, alguien le planteó abruptamente el tema del riesgo policial. Nos miró, recapacitó en unos eternos segundos y, sin decir nada, extendió la mano, cogió el teléfono, marcó un número y, ante nuestra gran sorpresa, pidió hablar con el gobernador civil.

Actuó como nosotros, planteándole de una manera brusca al gobernador que durante las fiestas no debían aparecer por el puerto viejo ni la guardia civil, ni la policía armada, ni los incontrolados, utilizando nuestros mismos argumentos sobre los efectos que pudiera producir una carga indiscriminada. El alcalde se había puesto de nuestra parte, por lo que mirándonos y sin articular palabra, coincidimos que era una gran persona. La conversación entre ambos fue larga y tensa, el gobernador parecía resistirse a no utilizar su ilegítimo, arbitrario y siniestro poder. La conversación finalizó con una posición muy clara y firme del alcalde. Salimos de su despacho confiados y aliviados.

Con seguridad, la postura honesta del alcalde tuvo una trascendencia enorme en el devenir tranquilo de las fiestas, de aquel año y de los siguientes. Los diferentes cuerpos policiales

y los temidos incontrolados nunca aparecieron como tales en el recinto festivo, permitiendo la continuidad pacífica de las mismas. Sirva este pequeño testimonio para mostrar nuestro reconocimiento y gratitud al Alcalde Sr. Zubiría.

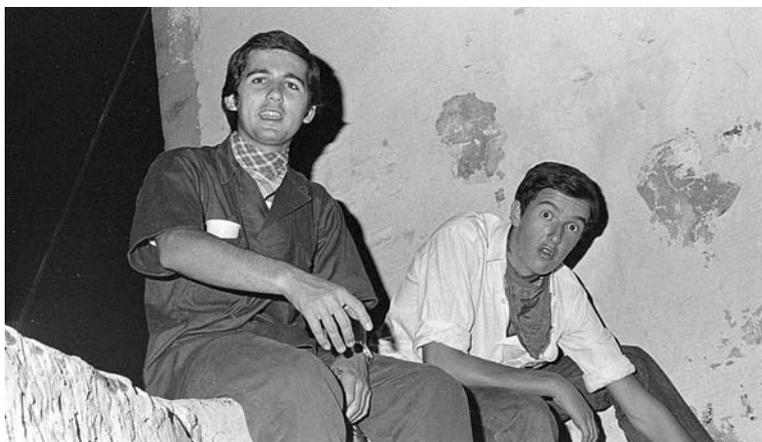
El día anterior, compra de cabezas y acopio para el bar de la comisión de fiestas

Las fiestas del año anterior habían sido pasadas por agua, La poca asistencia no había permitido financiar todos los festejos por lo que había quedado una cierta deuda con varias marcas comerciales de refrescos. Nos habían comunicado este contratiempo, pero pensando que se habrían olvidado.

Los vendedores se acordaban perfectamente. Cuando les llamamos para hacer los primeros pedidos, nos manifestaron que para volver a servirnos había que pagar al contado tanto la deuda anterior como el primer suministro. Les pudimos pagar con el dinero recaudado por los anuncios del programa y por los primeros ingresos de la venta de pañuelos de fiestas.

Inocentemente, liquidamos las deudas viejas y pagamos el primer acopio, con todo el dinero que teníamos y que mostrábamos ostentosamente.

Finalmente, comprobamos que nos sobraba algún dinero, y con dicho excedente nos dirigimos al Perrochico en el Casco Viejo de Bilbao, para comprar cabezas de cabezudos. Todo el dinero que teníamos nos permitió comprar cinco cabezas. En el camino de vuelta a la estación del tren de San Nicolás decidimos ponernos las cabezas y se nos fue incorporando un enjambre de chavales que creían que íbamos a actuar. Al entrar



Katilu y Peio en riberamune, 1975.

al tren, nos pusieron algunas pegas por el bulto que llevábamos queriendo cobrarnos las cabezas, pero, finalmente, nos dejaron subir sin pagar ningún sobreprecio.



Banda de cartón de los jóvenes veteranos de Oberentxu, 1975.

Primer día de fiesta, sábado

Nuestro primer pensamiento estaba enfocado al funcionamiento del bar, nuestra principal fuente de ingresos. Mientras desfilaban los cabezudos y la banda de *txistularis* inauguramos las fiestas abriendo el bar en los bajos del “*Etzetxu*”.

El vino está picado

A primera hora de la mañana habíamos recibido el vino que habíamos contratado con un vinatero local. Llegaron 2.000 litros de vino cosechero, directamente de La Rioja, al precio de 16,50 pesetas. Al haberlo contratado a través del vinatero, afortunadamente, no teníamos que pagarlo al contado. En realidad la caja estaba exhausta, no teníamos ni un duro.



En el almacén, clasificando los cascos, 1975.

El bar había sido instalado por el servicio municipal de obras en el *Etxetxu*, y básicamente consistía en una barra de madera que atravesaba longitudinalmente la parte baja de unos 40 metros cuadrados partiendo la lonja por la mitad.

Alguien nos había dejado unas cajas metálicas donde podíamos poner las bebidas a refrescar. No había instalación de agua, pero en el extremo opuesto de la plazuela había una fuente. Incluimos en el mobiliario del bar una gran cuba de plástico para limpiar los vasos que, periódicamente, debería ser renovada con agua limpia en la fuente.

Nos tendríamos que manejar en un espacio muy reducido, dado que habíamos decidido pasar juntos las fiestas toda la cuadrilla dentro de la barra, divirtiéndonos como pudiéramos mientras servíamos. Nos habían cedido un garaje a la entrada del puerto, a unos 100 metros, donde podíamos almacenar las botellas, por lo que deberíamos realizar muchos traslados del genero y devoluciones de los envases vacíos cada día entre ese garaje y el *Etxetxu*.

Aparecieron dos niñas de alrededor de unos 11 años, Olatz e Idoia “*la morocha*” tocando el *txistu*. La primera era hija del vinatero. Les invitamos a que estuvieran en el bar para amenizar el local y, en una esquina, montamos unas cajas para que pudieran sentarse y así no les pisáramos. Nos fueron fieles y pasaron gran parte del periodo diurno de las fiestas allí, tocando sin parar. Ya teníamos música.

A mediodía aparecieron los primeros *txikiteros*. Nos pidieron unos vinos, les servimos, y sorprendidos veíamos que casi



Idoia, una de las musas del kalimotxo ya crecida, 1975.

no lo bebían, pagaban y se iban. Como nosotros no éramos muy bebedores, no descubrimos el problema, hasta que uno de ellos, más extrovertido, nos espetó que a ver si le queríamos envenenar, manifestándonos que el vino estaba picado.

Intentando justificarnos, explicamos el proceso de compra. Olatz, la hija del vinatero, creyendo que su padre nos había estafado, y su amiga, por solidaridad, rompieron a llorar desconsoladamente.

En este tiempo, se fueron arremolinando mas *txikiteros*, y entre todos pudimos tranquilizar a las niñas, asegurándoles que el padre de Olatz no tenía ninguna culpa, por lo que las dos niñas volvieron a tocar tímidamente el *txistu*.

Tras la confusión inicial se extendió la comprensión del problema, ya que una parte fundamental del programa de festejos tenía que financiarse con la venta de ese vino, por lo que todos acabamos tomando consciencia del desastre financiero que se nos avecinaba.

Los *txikiteros*, apiadados de la niña y de nosotros, decidieron ayudarnos. Para ello, rompieron su costumbre circulatoria de ronda de poteo, quedándose arremolinados en el *Etzetxu*. Alguno fue al bar *Arrantzale* a comprar varias botellas de vino para que pudieran beber mientras se producía el debate, otros nos acompañaron al almacén volviendo desolados, del muestreo efectuado, habían concluido que todo el vino estaba picado. Uno, médico, confirmó que no era malo para la salud, sino simplemente imbebible. Otros, más positivos, sugirieron que con alguna mezcla quizá no se notara el mal sabor.

Nace el kalimotxo

Rápidamente, preparamos mezclas con varios refrescos, y fueron realizándose catas, hasta que nuestros cómplices, los *txikiteros* nos confirmaron que con cocacola no se notaba. La mayoría, por razones estrictamente culturales, aborrecían la cocacola. Alguno, con gran autoridad, comentó que esta mezcla no era ninguna novedad y que se llamaba Rioja libre, aclarando que era una bebida muy minoritaria, sólo de señoritos de Bilbao y particularmente “de agentes de cambio y bolsa”.

Cuando se enteraron del volumen que deberíamos producir para sacar las existencias de vino - unos 4.000 litros, ya que tras las pruebas realizadas se había comprobado que, a partir de la mitad de la mezcla entre vino y cocalola, ésta perdía el

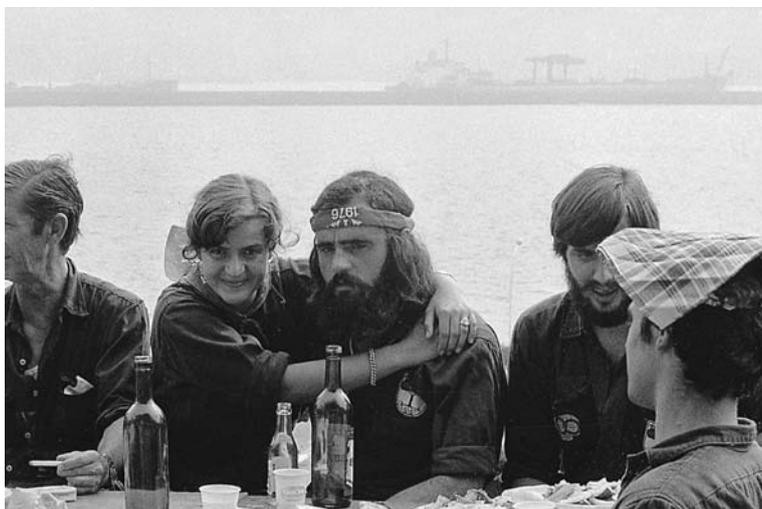
desagradable sabor del vino picado -, todos coincidieron, con mucho pesimismo, que tanta cantidad no se bebía en toda Bizkaia ni en todo un año.

Habían pasado más de dos horas desde el conocimiento del desastre, nos seguían apoyando unos 30 *txikiteros* y, en ese momento, alguien finalmente se mostró optimista, manifestando que, si creábamos un nombre de fantasía y conseguíamos que no se conociera la composición, quizá pudiéramos vender todas las existencias de vino picado y así salvar las fiestas.

Aliviados, consideramos que sólo nos quedaban tres problemas, conseguir las cocacolas, crear un nombre singular, y resolver el problema logístico de cómo envasar el brebaje. Fuimos a comer a nuestras casas con las funciones distribuidas, dos se encargarían de obtener las cocacolas, seis de la solución logística y el resto, a partir de una hora más tarde, a parir el nombre de fantasía.

Los encargados de conseguir la cocacola decidieron visitar inmediatamente al director general de Norbega, Sr. Lloró, en su casa, para convencerle, pero fueron sensatamente retenidos por sus padres de ir inmediatamente dada la hora, al no ser de buena educación aparecer en una casa de visita un sábado de agosto a la hora de una comida tardía o de la probable siesta.

Los encargados de la logística actuaron más rápido y consiguieron en una casa que les regalasen una pesada, vieja y enorme bañera, que bajaron a duras penas desde Algorta y, con ayuda de todos los del debate, lograron pasarla por encima de la barra y ponerla en la parte interior del *Etxetxu*, reduciendo



Homenaje a los buenos de Isidro y Bizente, 1976.

significativamente el espacio en el que podríamos movernos y atender a la concurrencia.

Los que buscaban el nombre llevaban más de dos horas ajenos a los festejos acuáticos, diciendo bobadas sin encontrar ninguna palabra impactante.

En ese momento, apareció un chico de Erandio, al que algunos conocíamos, y alguien le llamó por su apodo, *Kalimero*. Mecánicamente y bastante aburridos por el esfuerzo ya realizado, empezaron a conjugar su nombre. Uno indicó que la persona en cuestión era bastante fea y otro dijo que en euskara feo se decía *motxo*. Un tercero, más docto, empezó a pontificar que ello no era cierto en todo el País Vasco y que en algunas zonas significaba lo contrario. Mientras, la mayoría, sin hacerle caso,

conjugaba febrilmente el apodo y, tras muchos intentos, surgió una palabra sin significado, *Kalimoto* que, reiteradamente repetida, gustaba. Aparentemente, ya estaban resueltos dos problemas, pero no había noticias de la cocaola.

Alguien, previsor, calculó que para obtener la mezcla idónea había que llenar dos botellas por cada botella de vino, y no teníamos botellas vacías. Se produjo un gran despliegue de gente en busca de botellas vacías por los bares de todo el pueblo, que fueron rápidamente acopiadas y limpiadas.

A media tarde - ya se consideraba una hora prudencial - los encargados de obtener la cocaola procedieron a visitar al director de la planta de Norbega, Sr. Lloró. Muy bien recibidos y existiendo una gran voluntad de colaborar por su parte, pero era sábado de Agosto, la planta estaba cerrada y no había conductores. Atrapados, pensaron rápido y decidieron introducir más dramatismo para forzar una solución, mintiendo descaradamente: Don Martín, el cura, nos había pedido encarecidamente que redujéramos el riesgo de borracheras, dado que eran las primeras fiestas que podían tener una asistencia importante, la existencia de borrachos dañaría la imagen de las fiestas, por lo que se nos había ocurrido mezclar el vino con cocaola.

El director asintió, y tras tomar una libreta, procedió a llamar a varios conductores, hasta que el último contactado se apiadó de nosotros, confirmando que cargaría y vendría al Puerto con un camión entero, aquella misma tarde.

Según llegó la noticia al resto, se produjo un momento de euforia y varios se pusieron, inocentemente, a esperar el

camión. Este buen hombre, a quién le estaremos eternamente agradecidos, llegó al Puerto unas tres horas mas tarde, pasadas las nueve de la noche, con un camión repleto.

La descarga del camión, que había llegado a la parte baja del Puerto Viejo, nos obligaba a subir las cajas hasta la parte más alta, donde está el *Etxetxu* y, todavía más lejos, al garaje que nos habían dejado para guardar las existencias. A pesar de todas las dificultades se realizó rápidamente.

En aquellos momentos y muy tardíamente, aquel primer año no anduvieron nada finos, aparecieron los del servicio de obras del Ayuntamiento, con unas maderas para instalar un escenario en la pequeña playa del puerto para la actuación de una coral, que estaba prevista en el programa para menos de dos horas después, a las 11 de la noche. Debido a que el camión venía sin personal y los organizadores del festejo, desanimados, se habían ido a cenar, debimos repartirnos para montar también el escenario, quedándonos sin cenar.

Mientras, algunos, febrilmente, se dedicaban al envasado del *kalimotxo*, unos vaciando botellas de vino y de cocacola sobre la bañera reconvertida, y otros envasando la mezcla que se formaba dentro de la bañera en botellas, por una especie de grifo existente en la parte inferior de la bañera, y poniendo las botellas en las cajas con hielo a refrescar. Alguien había considerado que, además de más agradable cuando hace calor y hay sed, probablemente cuanto más fresco estuviera el brebaje sería más difícil detectar la composición.

Poco tiempo después, la asistencia era tremenda, y los alrededores del bar se abarrotaron de gente, principalmente tras la

actuación de la coral. El agua de la cuba de plástico había perdido completamente su carácter y se había convertido en un líquido infecto y maloliente, en el que continuábamos limpiando los vasos. La asistencia impedía proceder a su limpieza periódica, al resultar imposible traspasar los escasos metros hasta la fuente por dos personas con la cuba. Dos, estudiantes de medicina, miraban absortos el líquido y sólo eran capaces de mascullar que “vamos a envenenar a todo el pueblo”.

Afortunadamente, el *kalimotxo* estaba siendo un éxito y la gente, impresionada por la novedad, empezó a adquirirlo por botellas, lo que reducía drásticamente la necesidad de limpiar vasos. Alguien, práctico, informó que en Sopelana había una fábrica de vasos de plástico, pero hasta el lunes no podríamos resolver el problema.

Muchos preguntaban por la composición del brebaje, y fuimos dando respuestas arbitrarias para confundir, de acuerdo con la estrategia aconsejada por los *txikiteros*. Increíblemente, nadie parecía percatarse del proceso de envasado, que continuó durante toda la noche detrás de la barra, a escasos decímetros de los más osados, aquellos más fuertes de entre la muchedumbre que eran capaces de alcanzar la barra para solicitar suministros, generalmente al por mayor, para justificar el esfuerzo.

El aprendiz de la imprenta estaba ya muy nervioso con el pago de la factura de la propaganda, por lo que le extendimos un talón, quedándose muy tranquilo.

Segundo día de fiesta, domingo

En años anteriores, por las mismas fechas, el Ayuntamiento organizaba una corrida de toros, que se llevaba a efecto en la

pequeña playa o en una plaza montada en el relleno del Puerto. La corrida constituía un importante acontecimiento social, acudiendo las señoras elegantemente vestidas y con mantilla española. Los toreros eran de primera línea.

Utilizando el mismo escenario, desde algún año anterior se venía realizando un encierro de vaquillas, y en este nuestro primer año iba a constituir uno de los festejos más importantes.

Las incidencias del encierro

El segundo día, a la mañana, para aprovechar la marea baja, estaba previsto el encierro, con salida de la parte derecha de Ereaga y finalización en la pequeña playa del Puerto Viejo. Las maderas, que habían sido utilizadas la noche anterior para hacer la pequeña tribuna de la coral, efectivamente parecían ser multiuso, y rápidamente se reconvirtieron en una barrera que cerraba la pequeña bocana.

Como no teníamos vino, a través de su hija Olatz, habíamos comunicado en la tarde del sábado al vinatero que teníamos que comprar más vino el domingo por la mañana.

El buen hombre nos esperaba, muy nervioso. Debimos tranquilizarle y asegurarle que habíamos resuelto el problema. Antes de hacer la compra, insistía en que debíamos probar el vino de las barricas que nos iba a vender. Como no bebíamos mucho, no sabíamos apreciarlo pero, aparentemente, no tenía problemas.

Compramos varias barricas, le dimos un talón por el valor del vino picado para zanjar definitivamente el problema, e ini-

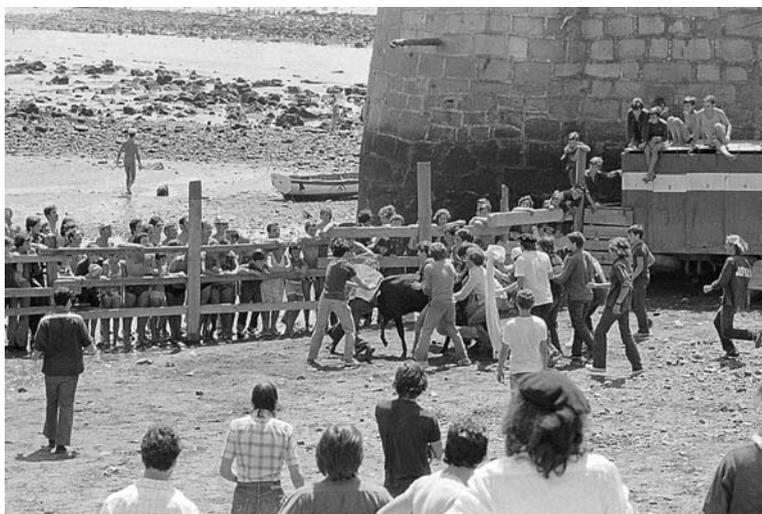
ciamos la bajada al Puerto, totalmente cargados con el acopio adquirido.

El suelo se movía, nuestros pasos no eran firmes y nos retumbaban en la cabeza, parecía que bajamos escaleras, sin que pareciera deberse a la importante carga que llevábamos cada uno. Alguno, más experto, que ya había experimentado estas sensaciones, explicó el fenómeno, con la cata realizada nos habíamos emborrachado, involuntariamente y a la hora del desayuno.

Cuando llegamos al Puerto, nos enteramos que se había producido una incidencia, una de las vaquillas había entrado por la ventana al bar de la carretera y, entre el animal y los esfuerzos de algunos para sacarla, se había producido un gran destrozo en el mobiliario y en las instalaciones del bar.

Nos dirigimos al bar, y con la lengua estropajosa y la boca muy pequeña, le dijimos al dueño que asumiríamos los daños. El propietario, buena persona, nos tranquilizó, indicándonos que el estropicio era más aparatoso que grave, que tenía pensado hacer una reforma y ahora no le iba a quedar más remedio que hacerla. La reforma acabaría incluyendo un enrejado en la ventana por la que penetró la vaca, que aún hoy existe.

Cuando salimos del bar, nos encontramos con el dueño de las vaquillas, quién, muy nervioso, se quejó de la organización y nos indicó el valor de cada animal, superior al presupuesto de las fiestas. La barrera estaba mal montada y al subirse la gente había cedido. Una de las vaquillas, aprovechando la marea baja, se había ido a la playa de Ereaga, mientras que otra había



Burladero bien montado, para evitar la fuga de la vaca, 1975.

decidido nadar y flotaba plácidamente a unos 200 metros del puerto viejo.

Mientras la mayoría de la gente se trasladó a la playa a dominar la primera vaquilla, cosa que conseguirían casi una hora más tarde, en los bloques de Arriluce, y tras atropellar a gran parte de la concurrencia que tomaba plácidamente el sol, sin pensar que podrían ser protagonistas de un encierro singular, el socorrista de la playa de Arrigúnaga, hombre de gran fortaleza y buen nadador, arrastraba pacientemente a la segunda vaquilla bañista, nadando de espalda y teniéndola cogida por los cuernos.

Cuando llegó a tierra firme, la vaquilla fue izada y trasladada a la cueva que existe debajo de la rampa de acceso a la

playa. Una persona mayor, con apariencia de saber, nos indicó que la mejor manera de que la vaca se recuperara es que bebiere coñac, asegurando que debían de ser varios litros, para producirle un vómito, y así expulsar el agua tragada.

Para comprar el coñac, volvimos al bar destruido y el dueño, muy paternal, a la vista de nuestra edad, hora, y estado, aún seguíamos bajo los efectos de la cata, nos recriminó muy seriamente sobre nuestros presuntos propósitos.

Le explicamos la situación y nos dio varias botellas de coñac, que no quería cobrar, aunque al final aceptó que las pagaríamos. Cruzamos la calle, bajamos a la cueva de la pequeña playa donde se encontraba la vaquilla. Entre dos abrieron la boca del animal y un tercero arrojaba rápidamente el líquido en su boca, esperando expectantes el vómito salvador.

La vaquilla se estiró, sus ojos se entornaron mirando con dulzura, y su cabeza cayó, falleciendo inmediatamente. Buscamos al experto que nos había dado el consejo para hacerle responsable de las consecuencias de su consejo, pero había desaparecido.

El dueño de las vacas apareció con su camión, donde ya había conseguido introducir junto a las demás a la vaca escapada a la playa, en busca de la que le faltaba. Le dimos la mala noticia y, sorprendentemente, se mostró tranquilo, no planteándonos ninguna reclamación. En los años siguientes continuó viniendo con sus vacas, para la *sokamuturra*.

Mientras esto ocurría, en la plazuela Bizente estaba asando las sardinas con las que sufragábamos parte de los festejos.

La fiesta de los gansos

A la tarde, con la marea alta, se produjo el festejo de los gansos, que ya se había realizado en los dos últimos años anteriores. El festejo se describe en un capítulo posterior.

Un artículo publicado en la prensa local el 15 de Agosto de 1972, bajo el título “*triunfo Kalinka con 22 alzadas*” suscrito por el famoso periodista Munitibar, además de probar la relevancia de las fiestas para justificar la asistencia de tan conocido periodista local, nos ha parecido oportuno reproducirlo, por el cariño puesto en su redacción.

“..... Dentro del programa de festejos en honor de San Nicolás, patrón del Puerro Viejo de Algorta, se han venido sucediendo las fiestas. La fiesta grande fue el domingo, con su tercera fiesta de los gansos. Recordarán que en Lekeitio existe



Tiradores descansando, 1976.

una vieja tradición de apresar unos gansos, desde una embarcación. Los del Puerto Viejo de Algorta la han copiado, con algún cambio, y el domingo por la tarde nada menos que 23 embarcaciones participaron en la caza del ganso. Los captores no podían pesar más de 65 kilos y las embarcaciones debían ser de seis remeros, convenientemente disfrazados. Costó mucho encontrar en días anteriores los gansos, pues son difíciles de hallar pero, al fin, y después de recorrer media España, los encontraron en Lezama a 500 pesetas por cabeza.

Los gansos fueron apresados rápidamente y los captores que lograban separar la cabeza del cuerpo se quedaban con el ejemplar. Pero lo espectacular eran las alzadas. Después de los gansos se colocó un agarre, y los que pasaban debían aguantar el mayor número de subidas. Una cuerda de 55 metros cruzaba el puerto y de un golpe desde la superficie subía al que estaba agarrado a seis metros de altura. Había “pique” pues los que acababan de remar subían a tirar de la cuerda y lo hacían con toda su alma, para evitar que los demás taparan su marca. Allá se veía volar a los jóvenes. Triunfó el de la embarcación Kalinka con 22 alzadas, un récord en Algorta. Segundo Ama Begoñakoa con 17 alzadas, tercero Zubizarreta con 14 alzadas y empatando Txindos con 14 también. Para estos había un cordero de premio para cada uno.

En cuanto a las embarcaciones engalanadas con su tripulación disfrazada, hubo empate para el primer puesto entre el Ama Begoñakoa del puerto que iban disfrazados de piratas, y el Gogorak de Itxas Gane de Algorta, disfrazados de negros. Segundos, los novios que iban disfrazados con un traje de boda y tercero Kantarepe, disfrazados de capuchinos nos dijeron pero luego resultó que eran del Ku-klux-klan



Gansero tenso, presto a la captura, 1976.

Por la mañana se había obsequiado a los grupos con una fenomenal sardinada y al terminar la fiesta siguió una romería en el Puerto Viejo, tan lleno de tipismo con sus casas viejas, habitadas por pescadores. Humeaban las sardinas, bailaban jóvenes y viejos al son de los txistus, todos vestidos de azul de “arrantzale”, era un espectáculo inenarrable. Con decir que durante estos días las puertas de las casas no se cierran. Nosotros tuvimos una sardinada con Galín el alcalde de barrio. Allí estaban viejos lobos de mar como Faneca, Pitorro, Frailón, Mojarra, Tles, Santarrán, Antón Polomo, Enrique Franco “Patén”, y la Vigilera que daban ambiente fabuloso.

Desde luego, el Puerto Viejo de Algorta, el domingo, parecía una estampa arrancada de un libro de Baroja

A Munitibar nuestra cuadrilla no le llamó la atención. Nuestro primer gansero, Goyito, también conocido como “cerilla” por ser pelirrojo, había conseguido uno de los gansos, mientras que el segundo, Mikel, quedó tercero en las alzadas, como se indica en el artículo.

Lo peor para hombre tan sagaz es que no se enteró de que en el bar de la comisión, junto a la casa de Galín – a menos de 10 metros - donde seguro que se puso morado a sardinas, se servía desde la noche anterior un extraño brebaje que llamaban *kalimotxo*, perdiendo la oportunidad de ser su primer publicista, de publicar la primicia mundial de lo que, con el tiempo, se hizo tan popular, lo que probablemente habría eliminado el debate sobre el origen de la palabreja durante muchos años, y la principal justificación de la elaboración de este pequeño libro.



Caída fatal para los riñones, 1976.

El ataque integrista a las fiestas

Tras los gansos, la tarde transcurría plácidamente pero, a última hora, llegó la noticia. Uno de los sacerdotes de la parroquia, en la homilía de un funeral, había pronunciado un alegato contra las fiestas, indicando que eran una aberración y que constituían un insoportable libertinaje, informando que se estaban produciendo acontecimientos de proxenetismo, drogas, aberraciones sexuales y corrupción de menores.

Una vez la noticia se confirmó, y cuando conseguimos aclarar algunos de los conceptos, hasta entonces desconocidos para algunos de nosotros, se adoptó la decisión de ir una representación a hablar con el cura, al día siguiente, para conseguir que modificara su postura, evidentemente totalmente alejada de la realidad.

La venta del *kalimotxo* continuaba, sin que la concurrencia, excepto algunos expertos, hubieran identificado la composición, que para la mayoría continuaba siendo un misterio que motivaba a su consumo. Milagrosamente, nadie parecía haberse aún percatado del trabajoso proceso de producción que se efectuaba periódicamente, y que se seguía realizando detrás de la barra, con bastante rapidez para reducir las pérdidas de “burbujas”, dos personas abriendo las botellas y arrojando el líquido a la bañera y otras dos, en cuclillas, recogiendo el líquido mezclado en botellas, que eran inmediatamente cerradas con corchos y puestas a refrescar entre hielos.

De hecho, las existencias de vino picado, para el final de la noche del domingo, estaban casi consumidas, algo por lo que nadie habría apostado 36 horas antes, por lo que habría que comprar más vino y cococolas.



Jugando en lugar de trasladar las cajas del bar de la comisión, 1975.

Tercer y último día de fiesta, lunes

El primer ingreso de dinero

La recaudación del sábado y del domingo había sido contada y ordenada, siendo llevada para su ingreso al banco, ya que probablemente los que habían recibido talones pretenderían cobrarlos, y no existían fondos en la cuenta corriente.

Los billetes, manipulados con las manos mojadas, se habían impregnado del líquido maloliente de la cuba de limpieza de los vasos, siendo absolutamente insoportable el olor que expedían.

Varios acompañaron al tesorero a la Caja de Ahorros, pues estaba temeroso de ser despedido con cajas destempladas por las arcadas que iba a producir su recuento a los empleados de

aquella, y quizá también por haber vulnerado alguna ley desconocida de utilización indebida de un bien público.

Los cajeros no manifestaron ninguna posición de desagrado, ni lo harían en ninguno de los ingresos de los días y años siguientes, por lo que nunca se produjo ningún problema en los ingresos de dinero, lo que hacemos constar con agradecimiento.

Infructuosa visita al cura

Los festejos del tercer día transcurrían plácidamente, y se produjo la visita al cura de la parroquia, que el día anterior había atacado a las fiestas, y quién reconoció haber exagerado, pero indicando que no podía rectificar, porque personas que daban mucho dinero a la parroquia querían que las fiestas se prohibieran y, además, él estaba de acuerdo con que debía desaparecer tal muestra de libertinaje.

Así, conocimos de la existencia de un enemigo anónimo, de carácter integrista, que volvería a darnos sustos en años posteriores. El problema continuaba abierto y entendíamos que era muy grave, dada la firme postura y aparente fortaleza del ignoto enemigo de las fiestas.

La tarta

Una señora apareció y nos regalo una tarta, en recompensa por todo el duro trabajo que estábamos realizando en el bar. No sabíamos que hacer con ella porque no era una hora adecuada para comerla, era media mañana, así que al tesorero no se le ocurrió otra cosa que organizar una rifa. Se prepararon los boletos, vendiéndose todos los números rápidamente. La suer-

te se encontraba de parte de la organización ya que no apareció el ganador, por lo que realizamos una segunda rifa, que también fue rápidamente vendida, ayudando a la financiación de las fiestas. La recaudación fue de más de cinco mil pesetas, que en aquellos tiempos constituía un apreciable capital.

El contrabandista

En las primeras horas de la tarde, se nos acercó una persona al bar de la comisión, con cierto aire de misterio, indicándonos que tenía un importante cargamento de cava, que nos lo pondría a buen precio.

Varios le acompañamos hasta un garaje en la parte baja de Algorta a la salida hacia Plencia y, tras comprobar el género y animados por el éxito del *kalimotxo* y con la codicia de producir cierto superávit, decidimos adquirirlo, comprándole todo el alijo, que fue rápidamente trasladado al Puerto.

El Pelotari

La compra del cava había sido un mal negocio. Pese a la publicidad que empezamos a hacer, inclusive con silbatos y canciones específicas rápidamente creadas al efecto, el personal, al ver la marca, cuyo nombre silenciamos porque milagrosamente sigue viva, renunciaba sistemáticamente a la compra para su consumo.

Después de media noche aparecieron en la barra dos personas, una se enfadó con la otra y se marchó. El que se quedó pidió champan y dos vasos largos, sin hacer ningún rechazo de la marca al ver el envase, por fin pudimos vender la primera botella.

Con gran alboroto abrió la botella, mojando a todos los de alrededor, sirviendo su contenido en los dos vasos y desparrramando el excedente. Como no quería beber sólo, solicitó acompañamiento a uno de la barra, procediendo a su bebida de un trago y con los brazos entrelazados.

El primer voluntario de la barra aguantó tres botellas, un segundo otras tres, y tras su petición de que le acompañase el más fuerte de la cuadrilla, se liquidó otras seis botellas, dejando a tres personas fuera de combate.

Su algarabía y la manera de abrir las botellas, mojando a todos los que le rodeaban, produjo el milagro. La concurrencia encontró de repente un uso alternativo a tan poco apetecible brebaje, sentirse vencedor de una carrera de Fórmula 1. En las tres horas siguientes, nos desembarazamos de todo el alijo de cava, mediante su uso alternativo, satisfaciendo nuestra codicia.

La historia de este personaje sólo pudo ser completada cuando volvió a las siguientes fiestas, dándonos sus explicaciones. Era pelotari aficionado, aquel día había ganado un partido importante y había decidido celebrarlo. Hombre de gran timidez, el brebaje que había bebido había multiplicado su satisfacción por el resultado del partido produciéndole tal situación de euforia que, al salir del *Etretxu*, había tenido el valor de abordar a una chica, se habían hecho amigos, pocos meses después novios, se habían casado, y acababan de volver de la luna de miel.

Ante un cambio tan inesperado y drástico de su vida, había decidido volver a la fiesta con el exclusivo propósito de conocer

a sus colegas de libación, decirnos que éramos muy majos, haciendo una donación de 5.000 pesetas para las fiestas, porque no estaba seguro de haber pagado las consumiciones del año anterior. Dada su insistencia, fue una de las pocas donaciones que aceptamos.

La reconciliación con la Iglesia

La noticia de la fracasada reunión con el cura había trascendido entre todas las cuadrillas y, de una manera más o menos espontánea, al término de la última noche de fiestas, se concentró un nutrido grupo de personas de la mayoría de las cuadrillas a la puerta de la Iglesia de San Nicolás, poco antes del inicio de la primera misa del día de la Virgen, bien apoyados por música de bombos y de otros instrumentos de viento, y con las cabezas de cabezudos.

La asistencia a la misa iba a estar principalmente formada por amamas, que más tarde tendrían una mañana ajetreada preparando las comidas familiares de un día grande, y que cruzaban con timidez, preocupación y muchas con gran susto, el nutrido grupo de jóvenes que copaba la entrada principal, con aire desafiante y produciendo mucho ruido.

La misa, que iba a ser oficiada por Don Martín, no empieza. Alertado por las feligresas, decide salir a la puerta y, tras preguntar el origen de la reunión, que le es aclarada, y sin entrar en debate, invita a todos a pasar a la Iglesia.

Desde la masa, alguien le pone una condición, que los monaguillos, el lector de la epístola y quienes pasen las bandejas porten las cabezas de cabezudos, condición que es inmedia-

tamente aceptada, indicando que la Casa del Señor es grande y en ella caben todas las expresiones que no sean indecentes.

Tras la sorpresa inicial de las feligresas, que ven abarrotarse la Iglesia de jóvenes tranquilos y sonrientes, que muchas temían estaban dispuestos a realizar cualquier barbaridad, la misa se desarrolló perfectamente, y la actuación de los cabezudos en el acto fue acogida con gran simpatía, desapareciendo los celos y temores iniciales.

Las *amamas* se habían puesto de nuestra parte y en el curso de la misma mañana tan peculiar Misa sería conocida por todo el pueblo, con particular énfasis en la perfecta dicción del cabezudo encargado de la lectura de la epístola. El ataque a las fiestas quedó completamente desairado, desarbolado, y derrotado.

Nuestro fin de fiestas

El superávit, una vez pagado todo, era importante, por lo que alguien decidió recordar que la tarta era para nosotros, y que la recaudación había sido de más de 5.000 pesetas. Tomamos una parte de ese importe y encargamos una comida en un restaurante de Santa María de Getxo, invitando a las niñas *txistularis* y a Jonathan, un niño vivaracho y deslenguado de 4 años, que habíamos adoptado como mascota.

Jonathan comió rápido y empezó a hacer de las suyas. Con una increíble puntería, acertó a introducir un chusco de pan en el plato de txipirones de Juani, justo cuando este lo miraba con gran gula, y estaba decidiendo por dónde debía empezar

a atacarlo. La comida finalizó unas horas después, cuando Juani terminó con sus txipirones, después de haber ido a su casa a cambiarse de ropa, y una vez tranquilizado de tan grave ultraje.



Aurresku, 1976.

II.

LOS PRINCIPALES FESTEJOS Y CONTENIDOS

El cartel de las fiestas

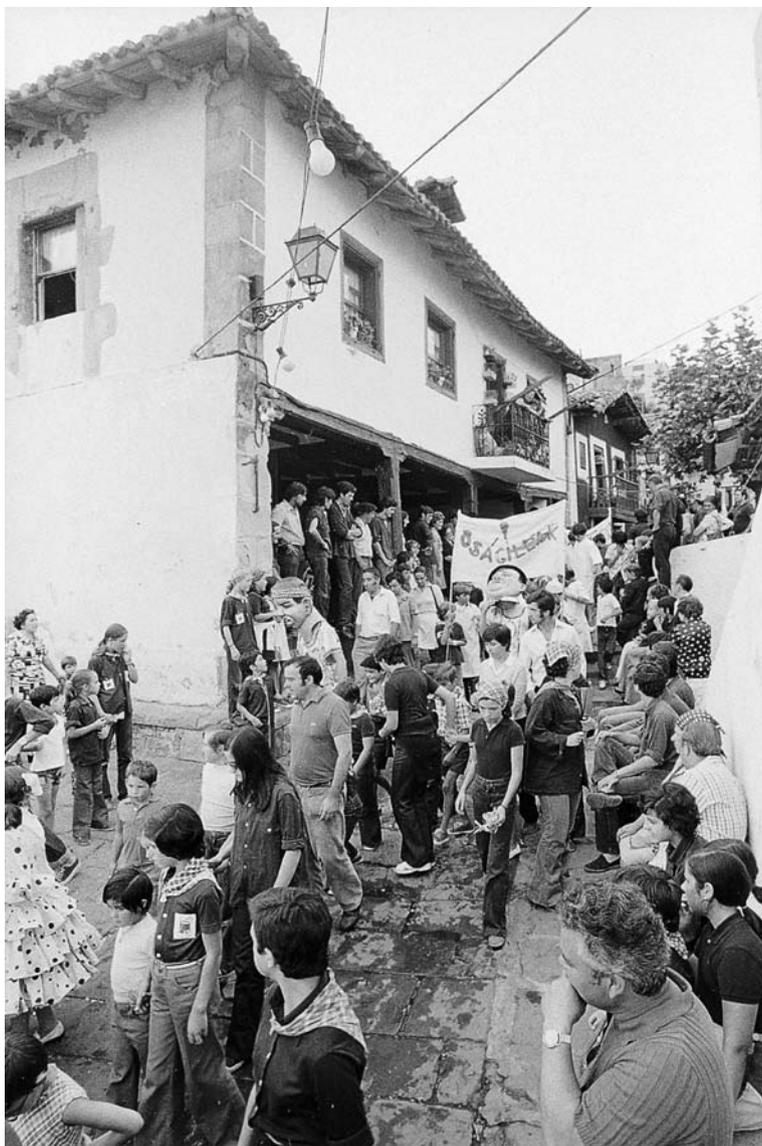
Antes de la celebración de las fiestas, se convocaba un concurso de carteles anunciadores. Todos los años, se produjo una amplia participación en este concurso, y algunos eran de elevada calidad. Un jurado seleccionaba el que consideraba mejor y más representativo, que era impreso y distribuido por lugares públicos, como cartel anunciador de las fiestas.

El txo

A la entrada del Puerto se colgaba un sencillo muñeco de tamaño natural, vestido de *arrantzale* con relleno de paja, que permanecía durante todos los días de fiesta, y era quemado la última noche.

La bajada de las cuadrillas

La bajada de las cuadrillas, disfrazadas, se iniciaba entre el parque de María Cristina y el antiguo Caza bar, hoy plaza de Sastestegi, recorría la avenida Basagoiti, y descendía hasta el Puerto.



Comienzo de las fiestas. Cuadrilla pasando por el Etxetxu, 1977.

El espíritu inicial se ha mantenido hasta hoy. Los disfraces de cada cuadrilla debían ser imaginativos pero de bajo o nulo coste, lo que a veces hacía caer en la chabacanería, era conveniente llevar música o canciones y bailes propios, y al término se otorgaba un premio a la cuadrilla mejor preparada. Frecuentemente los motivos incluyeron críticas alegóricas a la situación política.

Nuestra cuadrilla ganó un año el primer premio. Nos disfrazamos de chinos maoístas. El disfraz consistía en un buzo de obrero y boina con estrella roja, la cara pintada de amarillo, con bicicleta y libro rojo de Mao atado a la silla. La mayoría llevamos el libro de la historia de Getxo, recientemente publicado por el trinitario padre Zabala, libro de tapas rabiosamente rojas.

Para darle un mayor morbo, nos disfrazamos y pintamos enfrente del cuartel de la policía que entonces estaba en la calle Chisquieta, bajo la atenta mirada de los guardias que custodiaban el edificio.

Al término de la bajada y eufóricos por la victoria, era domingo a mediodía, decidimos ir a Los Tamarises a tomar el aperitivo para ver, y quizá provocar, la reacción de los parroquianos, que suponíamos mayoritariamente adictos al régimen y, en todo caso, poco proclives a teorías izquierdistas.

Había aún poca concurrencia y los camareros, inteligentemente alertados por el responsable del hotel, actuaron muy rápido. Entonces debía pagarse el estacionamiento a un minusválido que entregaba un papel municipal justificativo del dere-



Cuadrilla disfrazada de incontrolados rememorando los asesinatos de Montejurra, 1976.

cho de aparcamiento y, ante el alboroto inicial que armamos al discutir, - y además vacilando con lo que representaba nuestro disfraz -, el derecho a cobrar por el estacionamiento de bicicletas, salió un camarero pagando el aparcamiento.

Dentro, nos sirvieron e invitaron a los refrescos que pedimos, procurando que terminásemos rápido y nos fuéramos antes de que llegara la hora punta del aperitivo y alguna persona importante decidiera protestar airadamente. Como no había muchos parroquianos para escandalizar, pronto nos aburríamos y decidimos volver rápidamente al Puerto.

Al día siguiente la prensa publicó una reseña con todos los disfraces, excepto el nuestro, que había sido el ganador. Cosas de la censura de la época.

En un artículo de prensa probablemente escrito por el mismo periodista que el año anterior había sido censurado, lo que, a la vista del contenido elogioso del artículo pero sin dar detalles de los disfraces, parecía que le había afectado singularmente, y bajo el título de “*concurso de cuadrillas*”, el artículo publicado el 13 de agosto de 1975 rezaba lo siguiente:

“ Este es el segundo (¿?) año en el que dentro de las fiestas del Puerto Viejo de Algorta se celebra este original concurso de cuadrillas. Desde primeras horas de la mañana Algorta parecía un Río de Janeiro en pleno carnaval, algo más modesto pero no por ello menos animado. Dejando desbordar su imaginación, las distintas cuadrillas de jóvenes se disfrazaron de tal y tan diversa forma que hicieron las delicias de la infinidad de espectadores que llenaban tanto la plazuela de



Cuadrilla disfrazada de Tirolese, 1977.



Antzarrak de aldeanitos, cuidando niños, 1976.

María Cristina como la Avenida de Basagoiti y la bajada al Puerto. Si una nos producía hilaridad, otra nos dejaba admirados por su originalidad y fantasía. Hemos visto, entre otros, a un simpático Pipi Calzaslargas, hasta completar de esta forma casi el doble del número de cuadrillas que participaron el año pasado. En el Puerto Viejo se respiraba aire de fiesta grande y la música y la danza llenaban nuestro entrañable Portu Zarra. La labor que espera al jurado calificador no es fácil y, desde luego, un noventa por ciento de las cuadrillas merecen llevarse el primer premio”.

Los acuáticos

La presencia del pequeño Puerto y el mar permitía unas enormes posibilidades para los festejos. Carreras de natación,

desde la peña Galdaretxe para los pequeños y desde Ereaga para los mayores, regatas de botes o de otros artilugios - en algún año regata de barricas -, suelta de patos, etc.

Sin duda, la fiesta acuática principal era, y sigue siendo, la de los gansos. Copiada de la tradicional fiesta de Lekeitio, siempre fue un problema la obtención de gansos en cuantía suficiente para las 20 a 30 cuadrillas que se presentaban. De hecho, ningún año se consiguieron más de cinco.

Desde el primer año, se decidió que, una vez acabados los gansos, se atara un saco con un balón dentro a la cuerda, transformándose el festejo tradicional en uno aún bastante más bruto, basado en la resistencia del “gansero” a los golpes contra el agua.



Tribuna principal para el festejo de los gansos, 1975.

Este festejo dependía absolutamente de la marea, debía comenzarse una hora antes de la pleamar y finalizarse al comienzo de la bajamar, para que los ganseros, en la caída, tuvieran suficiente volumen de agua para amortiguar la caída desde varios metros de altura y así evitar que chocaran contra el suelo.

Por ello, fue probablemente el único festejo en el que se respetaba escrupulosamente el horario previsto, y se efectuaba en horas diferentes. Algunos años inclusive por la noche.

La instalación básica nunca ha variado. Un madero fuerte bien sujeto al pretil de la carretera al que se sujetaba el final de la cuerda en la que se ataba el ganso o saco, cuerda que pendía unos 6 metros por encima de la superficie del agua, y que se extendía por la bocana del puerto hasta otra madera, esta con polea, atada al petril del murallón exterior donde se recibía la cuerda, y donde había espacio suficiente para que dos grupos, de 30 o 40 personas, por medio exclusivamente manual, procedieran al alzado del gansero.

El peso de los ganseros, clave para evitar ventajas a los más pesados, fue siempre escrupulosamente controlado. Los ganseros llevaban mucha ropa para mitigar el choque con el agua, lo que incrementaba notablemente su peso al mojarse la ropa. Varias personas asistían al pesaje, para asegurarse que, en el momento del acto, no se cambiara a la persona pesada.

Estos cambios de persona se produjeron algunas veces, y cuando fueron detectados, supusieron la descalificación del gansero, después de su actuación.



Día de gansos, 1977.

Los ganadores de las alzadas con saco normalmente superaban las 20 alzadas. Era clave soportar las 6 u 8 primeras, más fuertes, y conseguir que los tiradores empezaran a cansarse. Las siguientes eran más suaves, iniciándose las protestas del público, lo que atacaba al amor propio de los tiradores, que recuperaban fuerzas y volvían a tirar con mucha fuerza cuando se aproximaban las 20 alzadas.

Los ganseros iban a popa de las embarcaciones, en cuclillas y agarrados a una cuerda sujeta a la bancada. Cuando alcanzaban la cuerda, si era ganso lo cogían del cuello con una mano y con un rápido movimiento lo pasaban por el sobaco del otro brazo, si era saco, lo agarraban de la mejor manera posible según el criterio de cada uno para aguantar más y que no esca-

para. Una vez agarrado el ganso o el saco, se obligaba al remero a realizar una rápida maniobra de alejamiento, y todos los acompañantes, a los que se exigía ir disfrazados, debían arrojar al agua, y estar preparados para recuperar al gansero, que normalmente acababa aturdido y perdiendo la noción de donde se encontraba, o con dolores de espalda o con un fuerte golpe en la cara si la entrada en el agua se había producido de una manera inadecuada - muy extendido de espalda o de cara - y, cuando conseguía romper al cuello del ganso o se escapaba el ganso o el saco, tendía a irse al fondo de unas aguas poco cristalinas, por lo que había que buscarle y subirle rápido a la superficie.

En las alzadas de sacos, si el gansero había alcanzado una buena marca, sus compañeros de cuadrilla salían rápidamente del agua y pasaban a nutrir el equipo de tiradores, para dificultar que los siguientes superaran el récord.



Privilegiados en el festejo de los gansos, 1975.

Un año, algunos de nuestra cuadrilla, con un coche prestado, fuimos en busca de gansos, recorriendo el norte de Burgos. A la vuelta, una vez adquiridos los ejemplares tras una larga labor de rastreo, caserío a caserío, descubrimos con horror cuán sucios eran estos animales, al comprobar el desolador espectáculo del maletero del coche una vez desalojados los animales. Pese a la profunda limpieza que hicimos, ya que no nos pareció prudente devolver el coche en su estado, el olor persistió en el coche durante bastante tiempo, sin que nunca nos atreviéramos a explicar al cedente del coche el fin para el que había sido efectivamente utilizado.

Los musicales

Los musicales llenaban tres de las, generalmente, cuatro noches de las fiestas. Esta era la parte de los festejos que debía organizarse con mayor prontitud, para poder contratar a los grupos actuantes y resolver los problemas administrativos.

Los musicales incluían corales, grupos de danzas, cantautores, y la actuación de grupos musicales.

El sistema vigente obligaba a presentar con antelación, a la Policía, la letra de todas las canciones. Varios días después, debían recogerse las mismas, mediante firma de determinadas documentos por los promotores del festejo, que se responsabilizaban de su estricto cumplimiento, y que invariablemente incluían el tachado de determinados versos, probablemente realizados de la manera más arbitraria posible por un funcionario estatal desconocedor de la lengua vasca, simplemente con el objeto de fastidiar.



Asistentes al concierto, 1976.

El cantautor era informado de las partes prohibidas, que debía respetar, con riesgo para su libertad y la de los promotores, en caso de incumplimiento.

A partir de este momento, se iniciaba un proceso morboso que implicaba la extensión del conocimiento de las estrofas arbitrariamente censuradas y prohibidas, y su aprendizaje de memoria.

Así, en el momento de la actuación, y cuando el cantante se veía obligado a callar, aunque manteniendo el sonido musical para no perder el ritmo, una mayor parte de la concurrencia, que esperaba ansiosa dichos momentos, procedía a cantar a pleno pulmón la estrofa prohibida, lo que generaba un estado de amplia satisfacción a la mayoría de los asistentes.

Esta ridícula práctica del ilegítimo sistema político vigente sólo acababa consiguiendo hacer también participativa la parte de los festejos que, inicialmente, estaba previsto que fueran sólo espectáculo.

La noche sin nada, los telediarios

Normalmente, las fiestas duraban cuatro días y sus respectivas noches. Las limitaciones presupuestarias hicieron que, en los primeros años, una de las noches no hubiera verbena ni ningún otro espectáculo. Estas noches fueron convirtiéndose en la auténtica noche de las cuadrillas.

Al no existir en el programa de fiestas acto alguno, ni anunciarse en la prensa, la asistencia pasiva a esa noche era muy inferior. La misma fue llenándose con actuaciones espontáneas, principalmente contar chistes. Barrabás y el resto de los hermanos Herranz, entre otros, fueron los culpables de su mantenimiento deliberado.

Lo más recordado son los telediarios de Josetxu y Rafa. Eran una mera parodia de los telediarios de la televisión, pero con una duración muy superior, de varias horas, en las que se incluían noticias de actualidad, entrevistas a personajes públicos, e inclusive los deportes y el tiempo.

Muchas de las noticias eran contadas tal y como habían sido presentadas por la propia televisión, eran tan surrealistas o increíbles que inmediatamente provocaban la risa. Otras se basaban en hechos reales pero eran ligeramente modificados para convertirlas en algo disparatado. Una de las más celebradas fue el secuestro por patrulleras marroquíes de pesqueros españoles en

las lagunas de Ruidera. De todas, el mayor éxito recurrente era la entrevista a Fraga Iribarne, con traducción simultánea.

El contenido de la entrevista variaba anualmente, y reflejaba fielmente las entrevistas que le habían sido realizadas al ministro durante el último año sobre los temas de actualidad. En las respuestas se exageraba ligeramente la tendencia natural del político a comerse partes de cada una de las palabras, lo que obligaba, de manera inmediata a cada una de las respuestas, a su traducción simultánea, en la que se repetía, con todas las sílabas y de manera muy solemne, lo que presumiblemente había respondido, en primera instancia, de una manera atropellada e ininteligible.

El paroxismo se alcanzó varios años, después de que efectivamente fuera dicho por el personaje en cuestión, con la respuesta *nopermitiña* y *kalmia*, que eran lenta y solemnemente traducidas por “*no permitiré la ikurriña*” y “*la calle es mía*”.

Estos telediarios, tras la desaparición del régimen, se presentaron en programas radiofónicos, e inclusive se editaron cintas y discos de los mismos.

El deporte rural

Dado el carácter participativo, salvo algún año excepcionalmente, estos festejos no incluían la actuación de deportistas profesionales, sino que eran pruebas donde participaban las cuadrillas.

En los primeros años se realizaron divertidas carreras de burros. El desarrollo urbanístico y la motorización en los case-



Sokatira, 1975.

ríos de Santa María de Getxo, Leioa y otros alrededores fue haciendo desaparecer los burros, por lo que la espectacular carrera, en la que todo era permitido, tuvo que interrumpirse, por falta de los actores principales.

Uno de los festejos que era más seguido y que atacaba al prestigio de las cuadrillas era la *sokatira*, que acababa durando varias horas, porque todas las pruebas, eran por el sistema de eliminación hasta que se llegaba a la final. Estas eran muy duras, y generalmente se ganaban en el tiempo límite por la posición del pañuelo, hacia uno de los lados, y en las menos veces por arrastre.

Otras pruebas de fuerza individual, como las *txingas*, el levantamiento de piedra, competiciones de pulso, o de habili-



Tintxu con las txingas, 1975.

dad, como el tiro con tira - gomas, completaban esta parte del programa de fiestas.

Uno de los años se hizo un concurso de coger y meter en un saco un cerdo ensebado. Al finalizar el concurso, se comprobó, en el momento de matar al animal, que había sufrido mucho, con un gran destrozo de sus órganos interiores, por lo que se decidió eliminar este festejo, aunque fue recuperado años más tarde.

El festejo de aquel año se realizó con mucho retraso, debido al intenso proceso negociador para la compra del cerdo. El propietario, de un caserío de Larrabetzu, propuso un precio, que fue inmediatamente aceptado. Sorprendentemente, se enfadó mucho, diciendo que ésa no era manera comprar y que “*debí-*



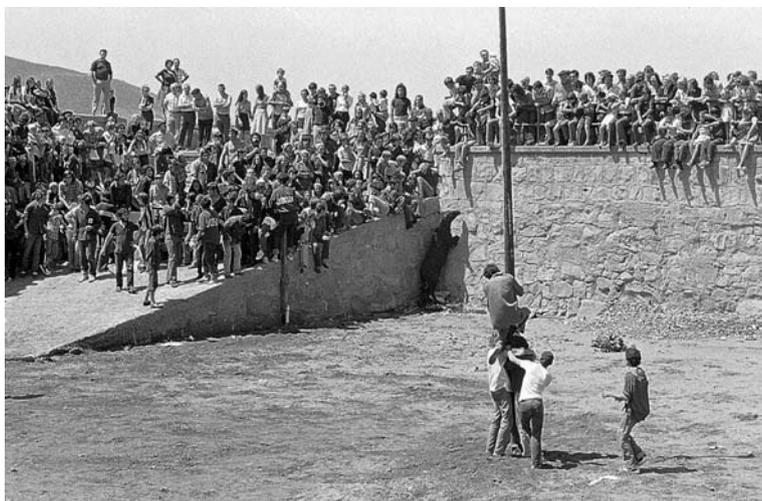
Cerdo ensebado, introduciéndole en el saco, 1977.

*amos negociar*⁷. La *negosiasión* se hizo en un bar próximo, mientras bebía (mos) benjamines. Al final de la discusión, conseguimos una pequeña rebaja, a costa de una elevada factura de cava, varias veces superior a la rebaja obtenida.

La sokamuturra con cucaña vertical

La experiencia del primer año con el encierro, y el mal estado de la carretera de acceso al Puerto Viejo, nos llevó a su eliminación, sustituyéndolo por la *sokamuturra* con cucaña vertical, que ha sobrevivido hasta nuestros días.

Igualmente, y dada la experiencia del primer año, la comprobación exhaustiva de la solidez del burladero fue siempre realizada con la máxima rigurosidad, para evitar nuevos sustos

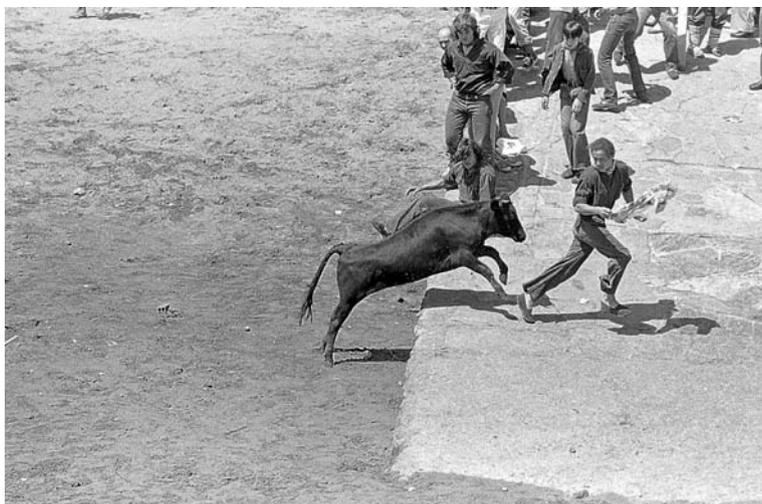


Sokamuturra, empezando la ascensión sin vaca, 1975.

a los pacíficos visitantes de la playa de Ereaga, que nunca volvieron a ser molestados por los astados.

El festejo consiste en una o dos vaquillas sueltas, que deben ser distraídas por algunos miembros de la cuadrilla participante, mientras que el resto del equipo ayuda al más ágil a alcanzar la posición más alta de la cucaña vertical, convenientemente ensebada para dificultar el proceso de ascenso, y principalmente la fase final, que debe ser realizada en solitario.

La falta de habilidad de los toreros acababa atrayendo a la vaca al grupo de gente que rodeaba al poste y, con su embestida, se desarmaba el castillo de personas que se había ido formando para ayudar al más ágil en su ascenso, produciéndose, al mismo tiempo, divertidas cogidas.



Despistando a la vaca, 1975.

La limitación de tiempo y de personas a cada uno de los equipos, además del adecuado tratamiento del palo puesto verticalmente para que fuera muy resbaladizo, y la viveza de las vaquillas, extendía el concurso varias horas, hasta que alguien era capaz de alcanzar la parte superior del palo. Obviamente, las cogidas y las caídas eran recibidas con la máxima algarabía.

Al igual que los gansos, esta parte del festejo se hacía con mucha puntualidad, en este caso con marea baja, para que en la pequeña playa interior del puerto no hubiera agua.

Los cabezudos

Los cabezudos constituían una parte diferenciada de los festejos infantiles. La organización de este festejo era compleja, ya

que varios días antes de las fiestas había que conseguir en el matadero un acopio suficiente de tripas y ponerlas a secar convenientemente, para que estuvieran disponibles, con buena resistencia, e hicieran mucho ruido con los golpes, el día del festejo.

El principal problema a resolver era encontrar a cinco personas dispuestas a renunciar a su merecido descanso tras una larga noche de fiesta, para en su lugar pasar toda la mañana incómoda y calurosamente metidos en las cabezas, corriendo sin parar.

Para relatar este festejo, hemos rememorado el año en el que algunos de nosotros nos encargamos del mismo. La hora de salida estaba prevista a las 9,30 de la mañana en la actual plaza de Satistegi. El recorrido era Amesti, Telleche y la bajada al Puerto desde Cuatro Caminos, por la cuesta de San Nicolás. El atuendo acordado para ir frescos eran vestidos viejos de nuestras madres, además de las cabezas.

Una hora antes, habíamos quedado en la casa de Andoni en cuyo desván guardábamos las cabezas. Tres personas y cinco cabezas iniciamos el recorrido para completar el equipo. Llegamos a Telletxe, donde Katilu, muy formal pero bastante incómodo porque no acabábamos de llegar y la gente le miraba con curiosidad su atuendo de mujer, - todavía en aquel año para mucha gente mayor las fiestas no eran aún muy conocidas -, nos esperaba.

Ya éramos cuatro y nos dirigimos a casa de Tintxu, en el camino a Berango, porque en su huerta estaban secándose las



Disfraz de dragón chino, 1977.

vejigas. Su madre nos estaba esperando, y nos indicó que no hiciéramos ruido, porque Tintxu acababa de llegar y, según pensaba ella, estaba dormido, y completamente agotado, indicándonos que debíamos buscar a otra persona.

Obedecimos, pensando, mientras atamos las primeras vejigas a los palos y el resto a unas cuerdas que llevábamos a la cintura, quién podría ser el otro, dado que Tintxu era precisamente el quinto del equipo, y nos sobraba una cabeza.

En ese momento, apareció Tintxu en la escalera externa de su casa, completamente dormido, y descendió majestuosamente, cortado contra el horizonte azul, contestándole a su madre que no podía dejarnos solos y que estaba perfectamente.

Aún quedaban algunos años para la constitución del club de rugby y, por tanto, del inicio de la leyenda de Tintxu como forniko delantero. Algunos, los que allí estábamos, nos quedamos con la imagen de su descenso majestuoso por la escalera de su casa frente a otras imágenes legendarias, resumidas en el cartel anunciador de los partidos de rugby a finales de los años 70. En este cartel, aparecía consiguiendo ensayos mientras llevaba colgados de su cuerpo a varias personas del equipo contrario, y con el resto de su equipo escondido detrás de él.

Subimos por la cuesta de Salsidu al pueblo y, más o menos a la hora establecida en el programa, iniciamos nuestro recorrido. No había enemigos pequeños a la vista, por lo que, para desentumecer los músculos, entramos a la plaza del mercado, atizando, cariñosamente, a las consumidoras que, en aquel momento, hacían las compras.

Nuestra incursión generó división de opiniones, particularmente de los comerciantes, algunos de los cuales se enfadaron con nosotros, por el riesgo de que espantáramos a la clientela y quizá por el temor de que alguna, aprovechando el desconcierto, se escapara sin pagar sus compras, por lo que abreviamos la visita, aunque procurando no dejar parroquiana sin su pequeña y suave ración.

De nuevo en Telleche, seguía sin aparecer el enemigo, pero nos llamaron de varios balcones, nos estaban esperando. Había algunos niños enfermos. Nos repartimos y subimos a todas las casas donde se nos requería, consiguiendo arrancar sonrisas de todos los niños enfermos, tras la primera reacción de sorpresa o miedo.

Un rato mas tarde nos reagrupamos de nuevo, y seguimos nuestro recorrido, no había trabajo, y llegamos rápidamente a Trinitarios coincidiendo con la salida de la Misa, finalizando nuestro precalentamiento. En esta segunda actuación no se produjo división de opiniones, los feligreses consideraron agradable la sorpresa.

Al final de la calle San Martin, en Cuatro Caminos, a la puerta de la tienda de Olga, nos esperaba expectante un nutrido grupo de chavales, la batalla iba a comenzar.

La cuesta de San Nicolás desde Cuatro Caminos hasta el Puerto Viejo tiene unos 300 metros de pendiente muy pronunciada. Pronto, tras cuatro o cinco largas carreras detrás de los mocosos, decidimos achicar el espacio, entre Abasota y Obispo Echeandía, para evitar los riesgos del último tramo de la calle, que no estaba asfaltada y estaba formada, como hoy en día, de peligrosos cantos rodados.

En el primer descenso, observamos con pavor la cantidad de nuevas viviendas que se estaban construyendo y los montones de trozos de ladrillo y de tejas que, abandonados junto a las construcciones, constituían potencialmente un formidable arsenal para la chavalería.

Confiábamos que no se percatarían pero, enseguida, se dieron cuenta. Afortunadamente, sólo los más pequeños, con menor capacidad de discernir los riesgos, pero también con menor fuerza y puntería, hicieron uso de las mismas. En el curso de la mañana, se irían produciendo ciertos desperfectos en las cabezas, y algunos dolores en nuestras costillas.

Cuando llevábamos más de una hora, y ya habíamos reventado parte de las vejigas, por una esquina de la calle hoy denominada Artibay, apareció sonriente Inmaculada con sus ojos azules, y con su hermana pequeña en brazos, llorando, porque temía a los cabezudos. Para quitarle el miedo, nos fue llamando de uno en uno, y la hermana, según nos iba reconociendo, iba perdiendo el miedo poco a poco. Cuando le tocó el turno a Andoni, inesperadamente, actuó Cupido y éste, Andoni, se quedó. Sufrimos la primera baja, en aquella dura refriega y para siempre.

Llevábamos recorriendo la cuesta, arriba y abajo, casi tres horas, en una situación de empate técnico. Las fuerzas flaqueaban por ambas partes, y nos habíamos quedado sin vejigas. Estas habían tenido un excelente comportamiento, pero se habían ido reventando en el cumplimiento de su misión. Prudentemente nos retiramos al Puerto Viejo y nos dimos cuenta de lo cansados que estábamos y de la sed que teníamos.

A alguno se le ocurrió que la mejor manera de recuperarnos era beber cerveza con gaseosa. Sentados en el pretil de la puerta del bar Arrantzale, sin fuerzas para entrar, pedimos unas jarras. Las primeras cayeron de un trago.

Seguimos el tratamiento, con el bueno de Joserra diciéndonos paternalmente que las bebiéramos más tranquilos, que con lo que estábamos sudando nos podían hacer daño. Tras varias jarras por barba, sustituimos los líquidos perdidos y recuperamos nuestro vigor.

Con el paso del tiempo, el acopio de vejigas fue haciéndose más complicado al cerrarse el matadero de Algorta. Una noti-

cia publicada en la prensa local el 11 de Agosto de 1976, bajo el título de “*el matadero de Guecho se cerró al día siguiente de su reapertura*” rezaba así:

“ Guecho es diferente. El matadero de Guecho tras unas costosas y largas obras de restauración fue inaugurado el pasado mes. Pero el matadero de Guecho batió el récord. Como en un abrir y cerrar de ojos, se abrió un día y se cerró al siguiente. Al día siguiente de la inauguración se sacrificó una vaca y al querer llevarla por el carril que estaba a media altura, se dieron cuenta de que la cabeza de la vaca pegaba al suelo con la aguja, y naturalmente no podía circular. Así que se cerró sigilosamente el matadero y hasta ahora. Los carniceros de Guecho han tenido que recurrir al matadero de Bériz. A la vuelta de la esquina. Y están contentos. Es un matadero moderno, rápido. Como que quizá se queden sin clientela en Guecho, cuando se abra. De todas formas no hay mucho peligro que se abra pronto pues las obras de reforma del carril instalado a baja altura, van muy lentas. A veces durante días enteros no aparece nadie por allí. Los que piensan en la socialización de todos los sectores de la economía, en el matadero de Guecho tienen un flamante ejemplo de la iniciativa municipal.....”

Aunque el artículo anterior no tiene efecto en las fiestas, salvo por la necesidad de ir hasta Bériz a conseguir las vejigas para los cabezudos, no nos hemos podido sustraer de incluir este delicioso artículo, que es muestra del profundo cambio que se produjo en la sociedad y en la prensa en el año 1976, y que también tuvo su influencia en nuestras fiestas, a partir de ese año.

Los festejos infantiles

Los festejos infantiles siempre constituyeron una parte importante de las fiestas. Cada año, una cuadrilla se encargaba de su organización.

Por la mañana, se realizaba un concurso infantil de pintura, incluyendo una posterior exposición de las obras realizadas y una entrega de premios. A primera hora de la mañana, procedíamos a realizar un atraco en la tienda de Eugenio, llevándonos todos los estuches de pinturas y cartulinas que hubiera en el almacén, los excedentes no utilizados tras los festejos se devolvían al mediodía, y se liquidaba la deuda.

El concurso de pintura siempre fue muy concurrido, pero nunca faltaron pinturas. En el año 1976 ocurrió una cosa muy curiosa. Tras el reparto de pinturas y cartulinas, los concur-



Ana Larrea y su sobrino Unai el día del niño, 1976.



Excelente gancho, 1976.

santes se desparramaron por todo el Puerto Viejo para realizar sus trabajos, volviendo unas dos horas más tarde con sus obras. Estas eran de lo mas variopinto; casas, barcos, paisajes, árboles, y hasta dibujos abstractos, pero tenían algo en común, en casi todas aparecía pintada la *ikurriña*, recientemente legalizada.

Por la tarde, se realizaba la bajada infantil, y los festejos. En el año en que nos tocó organizarla, la bajada se inició a las cuatro de la tarde, y todos nos presentamos elegantemente disfrazados, cada uno de lo que se le había ocurrido, por lo que el conjunto era completamente rocambolesco. El más confuso era el de Karmele, que aún hoy no es capaz de explicarlo. Muchos de los niños, algunos agrupados por sus padres en cuadrillas, también venían disfrazados.

Al llegar al Puerto Viejo se iniciaron los festejos, aquel año se hicieron en el aparcamiento de la piscina. El día anterior habíamos encargado en una pastelería local mucho merengue y algunas tartas. El dueño, sorprendido por el encargo, nos preguntó por su finalidad y se sintió muy molesto por el uso que pretendíamos darle a sus productos. Sin embargo, fue muy honesto, buen profesional y no los adulteró.

Evidentemente, la mayoría de los receptores de los artefactos, acabaron limpiándose y chupándose los dedos, por lo que los pasteles acabaron, tras la diversión producida, cumpliendo con su dulce función natural.

Mucha gente, y miembros de las cuadrillas con bombos, se fueron apostando en el anfiteatro natural formado por el talud del parque. El ruido y la animación que producían excitaba a los niños, que buscaban participar en todos los festejos.

Los festejos incluyeron todos los temas típicos, además del lanzamiento de merengues a dianas humanas, carreras de sacos, carreras de dos con pies atados, carreras con cuchara y huevo, búsqueda de premios con la boca en un montón de harina, pesca con la boca en barriles de agua y, como novedad, boxeo infantil.

En el boxeo de niños apareció un talento natural, el pequeño de los Miró, que tenía una habilidad increíble en acertar con la nariz de sus oponentes, quedando campeón por eliminación.

Visto el éxito, decidimos asumir más riesgos, y convocamos combates de boxeo de niñas, resultando un fenómeno tremen-



Niñas al ataque, 1976.

damente curioso. Detrás de cada niña se apostó una persona para cogerla y retirarla en el momento en que se iniciara el contacto físico de los guantes con la contrincante. Los primeros puñetazos se lanzaban al aire, mientras se miraban con una fiebre tremenda y se ponían a llorar con rabia.

A la vista de la tremenda reacción, tras tres o cuatro combates, decidimos detener el juego, por el estado de nerviosismo que creaba entre las niñas, pese a que no habían sufrido ningún golpe.

Hacía mucho calor, por lo que trajimos del bar de la comisión refrescos a discreción, y decidimos seguir, más tranquilos, con un concurso musical. Varios niños y niñas subieron a cantar.

Una niña, de unos 8 años, se puso a cantar la canción del Che. Su madre, preocupada por la trascendencia que pudiera tener, nos pedía que le quitáramos el micrófono, justificando su inocencia diciendo que lo había aprendido a través del patio de su casa, porque un vecino ponía continuamente esta canción.

Los más precavidos, otearon la concurrencia, manifestando aliviados que no se veía a ninguno de los confidentes conocidos. Dejamos a la niña cantar su canción y, al final, fue la ganadora del concurso porque cantó francamente bien.

Eran casi las 9 de la noche y comenzaba a anochecer, creíamos que era momento de finalizar y alguien, a la vista de los excedentes, consideró oportuno un final apoteósico.

Se anunció que cada niño que trajera a algún adulto conocido suyo manchado de huevo o de merengue tendría un premio de 25 pesetas. Mientras los niños recogían los huevos y merengues sobrantes, y los adultos iniciaban su escapada, desde el escenario empezó a lanzarse al aire todo el material sobrante.

Dos tomaron la mesa con la harina e iniciaron su vuelo, percatándose de que un niño, de poco más de dos años, se acercaba alborozado al escenario. Intentaron lo imposible, detener el proceso, pero fue inútil, el niño quedó completamente blanco. Su reacción fue totalmente inesperada. Dándose la vuelta, levantó los brazos a la concurrencia y lanzó un bramido de alegría, sintiéndose, por un momento, el centro de la fiesta.

Alguno corrió al bar de la comisión para hacer acopio de monedas, mientras se estaba produciendo un confuso proceso

de carreras, niños siguiendo a adultos. Poco a poco, empezaron a aparecer adultos manchados, con niño de la mano completamente orgulloso, reclamando se premio. El tesorero, elegantemente vestido con traje traído del Alarde de San Marcial y sombrero de copa de su abuelo, empezó la distribución de las monedas, recibiendo sobre el sombrero de copa, que quedó inservible, la última tarta que quedaba en el escenario.

Las monedas se acabaron, por lo que hubo que elaborar una lista de los últimos niños, unos 30, con la promesa de que cobrarían al día siguiente. A la hora convenida del día siguiente no faltó ninguno de la lista.

Mientras los niños recibían su premio, los padres, absolutamente encantados por la jornada, nos preguntaban por la organización de las fiestas sorprendiéndose de nuestra respuesta, al explicarles que todo se hacía sin apoyo de nadie, y estaba basado en la autogestión de las cuadrillas y la independencia. Algunos querían pagar los refrescos o las pinturas, y otros abrían su cartera queriéndonos dar dinero para ayudar a la financiación de las fiestas, lo que no fue aceptado por nuestra parte.

El marmitako

Como en cualquier fiesta que se precie, no podía faltar un concurso gastronómico. Tenía que ser algo relacionado con el mar y, aunque poco relacionado con la tradición local, finalmente se eligió el *marmitako*.

El festejo cobró más importancia cuando pudo disponerse de un lugar adecuado, tras la urbanización de la ladera de



Preparando la marmita, 1976.

Usategi y la creación del parque de *Jenaratxu*, donde continúa realizándose.

Las limitaciones de espacio físico han supuesto que nunca haya sido masivo, lo que, unido a la generosidad del comercio local en la disposición de trofeos, hace que sea probablemente el concurso gastronómico en el que resulta más fácil ganar un premio.

Los disfraces de las cuadrillas

Ganar el concurso de cuadrillas era el objetivo principal de todos los grupos. Para ello, además de la participación en los diferentes concursos y festejos, algunas cuadrillas montaban sus propios espectáculos, de una manera espontánea e inesperada, generalmente disfrazados. Algunos, como Carmelo, se pasaban prácticamente todas las fiestas disfrazados.

Disfraces de esclavos, de piratas, de naufragos, de árabes, desfiles de modelos, eran los más frecuentes.

Particularmente memorable fue la bajada por las escaleras de Txema, disfrazado de rey caníbal, llevado a hombros sentado en una silla atada a unas maderas, y haciendo ímprobos esfuerzos para no caerse de tan inestable estructura.

Nosotros, en uno de los años en que estuvimos en el bar, a una hora muy tardía cuando ya había espacio, salimos rápidamente de la barra vestidos con camiones de señora, y con una barra de pan cada uno debajo del brazo, y un orinal lleno de chocolate. Tras un presunto ejercicio, por uno, de realización de sus necesidades, todos se afanaban en untar en el orinal. Tras

superar el asco inicial, una parte de la concurrencia disfrutó del chocolate que, a aquella hora, entraba francamente bien.

Tres de los miembros de la cuadrilla ya estaban trabajando y vivían en un piso. Al día siguiente, al volver de trabajar, se encontraron con una dura nota de la señora de la limpieza, quién había encontrado los camisones en un sofá, anunciándoles que se despedía porque no estaba dispuesta a trabajar en una casa tan indecente.

El concurso de fotografía

Con posterioridad a las fiestas, se realizaba una exposición de fotografía, en la que las personas que habían tomado fotos de las fiestas, concursaban. En aquellos años, la exposición se realizaba en el bar del Getxo, en la calle Amesti. Algunas de dichas fotografías ilustran estos sucesos.

El sistema de castigo

Surgió de una manera aparentemente espontánea. Su aplicación era inmediata, sin posibilidad de defensa, - no eran épocas en las que los derechos humanos pasaran por buenos momentos -, pero siempre aplicado con justicia a quienes eran pillados en flagrante delito.

Los castigos más frecuentes procedieron de la ruptura deliberada de botellas porque producían cortes, por iniciar peleas o por molestar a las chicas.

El infractor, pillado en caliente, era rodeado por las personas más próximas, la mayoría pertenecientes a las cuadrillas, era apuntado por los dedos índices, y se le cantaba una canción:

Se va a mojar, se va a mojar, es seguro que se moja, ...

lo que constituía todo el proceso, incluyendo la sentencia condenatoria.

Tras repetir la canción las veces que fuera preciso para acumular suficiente mayoría de adeptos al castigo, se tomaba al infractor por las manos y las piernas y era llevado al murallón pequeño, desde donde era arrojado al mar, con la finalidad principal de que se mojase y refrescase, para que se relajase y tranquilizase.

Probablemente, el castigo más espectacular lo hicieron los de *Gu Gara*, en el primer año de su incorporación a las fiestas, cuando eran unos adolescentes.

Habían cosido varias decenas de metros de tela de variados colores, con forma de gusano, se habían metido dentro y estaban recorriendo la carretera junto al mar. Como era pronto a la tarde y en aquel momento no había ningún festejo, sus evoluciones eran seguidas con agrado por la escasa concurrencia, muchos pertenecientes a la comisión de fiestas.

En una de sus evoluciones, aparecieron dos chicos elegantemente trajeados acompañados de dos chicas, y decidieron, para impresionar, hacer un acto de machismo. Con mecheros, fueron prendiendo las telas según iba el gusano pasando por su lado, y varios de los intentos tuvieron éxito.

Los chavales, con una gran solemnidad, una vez sofocado el fuego y plegadas adecuadamente las telas, les rodearon, y les

cantaron la mencionada canción, tras la cual, con una increíble parsimonia, cogieron a los dos maniqués y les arrojaron al mar.

Ajenos y enfrascados en el proceso, los chavales de *Gu Gara* no se percataron del rápido proceso de deliberación de los miembros de la comisión, que ubicados en diversos lugares y mediante gestos de manos y asentimientos de cabeza fueron manifestando su general aprobación al castigo, proporcionado y razonable dado el ultraje sufrido, y quedándose expectantes para actuar en el caso de que, por su inexperiencia, se excedieran en el castigo.

Una vez arrojados al mar, fueron retenidos en el mismo durante un buen rato, bajo la amenaza del uso de los remos de los botes de pesca, hasta que empezaron a mostrar síntomas de frío. Al salir del agua, nos percatamos que los elegantes trajes habían encogido y su presencia era grotesca, lo que provocó la hilaridad general. Obviamente, sus acompañantes, que no habían sido molestadas, se habían esfumado, por lo que el castigo quedó redondo.

Uno de los acontecimientos que pudo ser más grave, y que se resolvió de manera fulminante ocurrió de madrugada, pero aún con una alta concurrencia. Enfrente del bar de la comisión apareció un ciudadano con una enorme piedra, un adoquín de los que flanquean las aceras, sobre su cabeza. Sin tiempo para preguntar, y con una coordinación no estudiada - estaban acostumbrados a jugar juntos de defensas pero en la posición contraria - , mientras el que estaba a la izquierda le lanzó un derechazo a la boca, el zurdo, colocado a la derecha, cazó el pedrusco al vuelo.



Inauguración de la carrera en calzoncillos, 1977.

El presunto agresor agredido empezó a sangrar abundantemente por la boca y la nariz, mientras que varios amigos suyos, que le estaban buscando, aparecieron. La alarma y la prudencia prevalecieron. Rápidamente se cortó la hemorragia por estudiantes de medicina, y con unas cervezas sacadas del bar, comenzó a aclararse la historia.

La persona en cuestión había reconocido a un policía que le había torturado. Se había separado de sus amigos y había cogido, no sabemos dónde, el adoquín. Alguno de sus amigos le vio con la piedra en la mano y había alertado al resto. Con la piedra en la mano, había seguido al policía en un estado de completa enajenación mental. En el momento en que le abordamos el presunto policía torturador estaba iniciando la bajada de las escaleras, a menos de dos metros, por lo que nuestra intervención había sido, sin saberlo, *in extremis*.

Quién soltó el guantazo era, en aquellos tiempos, una celebridad local. Jugador del juvenil del Getxo, por una falta de deportividad del Real Madrid, que se había negado a cambiar la fecha de un partido de copa, cuando coincidía con otro más importante para el Getxo, había jugado con el resto del equipo juvenil en la ciudad deportiva del Real Madrid contra el segundo equipo de éste, entonces denominado de aficionados. Pese a tan desigual confrontación, gracias a un gol tempranero y a una defensa numantina, habían ganado el partido.

Una de sus jugadas, que por pocos vista fue más ampliamente comentada y reiteradamente explicada y repetida, fue la detención de un balón en globo con la punta de la bota sobre la misma raya de gol, rodeado de compañeros y contrarios, rápida y suavemente sacada por un lateral. Lo que pocos conocen es que, al ejecutar, con mucha sangre fría, tal virguería técnica, se había mordido la lengua, y estuvo varios meses sin poder comer caliente, por lo que era, - después del guantazo que él había propinado -, quién mejor entendía el estado de ánimo del agresor agredido.

Ya curado, calmado y reconfortado por sus amigos, nos agradeció que le hubiéramos parado, aún de una manera tan brusca, marchándose tranquilamente.

El ancla

En Punta Galea, en la parte baja del acantilado era conocida la existencia de un ancla. La leyenda decía que procedía de un ballenero, que hacía muchos años, quizá más de un siglo, durante un temporal, se había estrellado contra la costa. La

Comisión, un año, decidió recuperar el ancla y llevarla al Puerto Viejo, antes del inicio de las fiestas.

Un grupo muy numeroso, mas de cuarenta personas, nos desplazamos una mañana, con largas maderas y cuerdas, y descendimos a la pequeña playa de *Tunelboca*.

El ancla estaba allí, incrustada entre las rocas y a bastante altura del nivel del mar, por lo que dedujimos que el temporal que la había llevado allí debía haber sido tremendo.

Rápidamente, atamos el ancla con cuerdas, y con las maderas improvisamos unas vías para facilitar su traslado por tramos, primero bajándolo al primer nivel de la playa, luego trasladándolo por la playa y, por fin, salvando el escalón de casi dos metros de altura que aparecía en marea baja, - que se había ido creando por la solidificación de las arenas debido a la acción de las escorias de Altos Hornos arrojadas a alta mar durante muchos años, y algunos de cuyos componentes, el aragonito, arrastrado por la marea a la costa, iban produciendo ese fenómeno de solidificación -, hasta la orilla. Todo el ejercicio nos llevó unas dos horas.

A partir de ahí, el plan consistía en su traslado por mar. Para realizarlo, se hizo una especie de almadia, atando cuatro grandes bidones vacíos al ancla, para que hicieran de flotador e impidieran al ancla realizar su tendencia natural, de irse al fondo del mar.

Los cálculos habían sido realizados por Gotzon. Faneka había decidido ayudarnos por mar con su gasolina. Se ató

con una cuerda la almadía al gasolino y tuvimos que esperar a la subida de la marea, para que flotara y se pudiera sacar de allí.

Tras un breve debate, y de acuerdo con el dueño del gasolino, decidimos que la persona más apropiada para hacer todas las maniobras y decisiones que fueran necesarias en el trayecto era Gotzon. Además de por su formación, nadie dudaba de su valentía y capacidad de decisión.

Recientemente, como agregado en prácticas, había vivido durante varios meses uno de los primeros embargos internacionales de buques petroleros, y había sido comisionado por los oficiales del barco para las negociaciones con el emirato local. Amotinada la tripulación por la incertidumbre, por el calor al no funcionar el aire acondicionado y por haber tenido que arrojar por la borda el ron y la ginebra descongelados, disimulados en el congelador para burlar las rigurosas leyes islámicas, había aceptado el encargo para alejarse cada día del mal ambiente del barco. Muchas veces había sido trasladado en helicóptero a la residencia del emir, para negociar con el embajador de asuntos exteriores, un japonés, y el ministro de la guerra, un inglés permanentemente borracho, y había acabado haciéndose amigo del emir y participado en su mayor afición, ver películas de dibujos animados bebiendo té en tazas de oro.

Se inició la travesía, y nosotros la vuelta apresurada al Puerto Viejo por la cornisa, procurando no perderles de vista. Al llegar al fuerte de Punta Galea, vimos como el amarre de uno de los bidones no pudo aguantar la presión y, por la misma, el bidón salió despedido hacia el cielo.

Al mismo tiempo, vimos como Gotzon cambiaba su posición, puesto en posición de ataque en la popa del gasolino, apoyado con la mano izquierda en la misma y armado con un hacha en la mano derecha, como si fuera un indio del oeste blandiendo su *tomahawk*, dispuesto a cortar la cuerda si la almadía cedía, para que el gasolino no fuera arrastrado al fondo del mar.

Nerviosos y preocupados, echamos a correr, para alcanzar cuanto antes el Puerto Viejo, distante unos escasos tres kilómetros. Al llegar al Puerto, vimos como Gotzon, aún en la misma posición, había decidido continuar con el plan inicial y llevar el ancla a Arriluce, donde la manipulación de su traslado entendíamos más fácil, en lugar de atajar y dejarla en el Puerto, por lo que volvimos a echar otra carrera, para llegar al mismo tiempo.

Llevada el ancla a tierra, una parte de la misma se rompió en el proceso de traslado. La parte fundamental aún hoy esta acostada en la entrada del parque de *Jenaratxu*, en el Puerto Viejo. En los primeros años siguientes, fue frecuente ver a viejos lobos de mar mirar detenidamente al ancla, probablemente rezando alguna oración, o recordando a sus amigos marinos muertos.

La peregrinación a Begoña

Aunque no constituía una parte del programa de fiestas, en aquellos tiempos, la peregrinación a Begoña, distante unos 16 kilómetros del puerto, fue el final de las fiestas para muchas personas. Una vez acabados los festejos oficiales y la última verbena informal, de madrugada, era frecuente salir hacia

Bilbao andando en grupos, para llegar a la Basílica hacia las 7 u 8 de la mañana. Tras la misa y el desayuno, se volvía en tren a casa para dormir, en la cama o en la playa. Inclusive, fueron frecuentes las apuestas de volver andando de nuevo hasta Algorta.

El redactor de esta parte ha repetido este año la peregrinación, picado por Iñigo, su hijo adolescente, y para recordar anécdotas de aquellos tiempos. Ahora, el número de peregrinos es escaso, pero el ambiente en la Basílica y alrededores en las primeras horas de la mañana sigue siendo similar.

Aparte de que el recorrido se ha hecho más largo de lo esperado, en el curso del mismo, se ha producido el recuerdo de algunas de las anécdotas ocurridas en aquellas peregrinaciones.

En una de ellas, dos miembros de la cuadrilla, Edu y Katilu, cansados de andar al llegar a Erandio, decidieron volver a Algorta a remo, tomando prestado un bote que estaba atado en las escaleras del gasolino que cruzaba a Baracaldo, como aún puede verse hoy en día.

Probablemente el esfuerzo que tuvieron que hacer para remar desde Erandio hasta el Puerto Viejo de Algorta fue muy superior al que hubieran hecho de ir andando hasta Begoña, pero pese a realizarlo por sentirse muy cansados, presumieron de su hazaña durante muchos años.

El dueño del bote tardó varios días en encontrarlo, tras recorrer pacientemente ambas márgenes de la Ría y en ambos sentidos. Los que presenciaron el hallazgo recuerdan sus jura-

mentos, pensando que tenía que llevar de nuevo el bote Ría arriba, remando, varios kilómetros.

Otra, implicó la ampliación de zonas verdes de Getxo, la parte derecha de la Iglesia de las Mercedes, donde había un bar. Dos hermanos, poseedores de dos flamantes coches de enésima mano, derraparon en el mismo lugar en un intervalo de quince minutos y entraron con su coche en el bar. El primero fue atendido por peregrinos y su coche sacado del bar. Cuando habían acabado el trabajo de sacar el coche se produjo el segundo accidente, sin consecuencias personales. La sorpresa fue enorme cuando se comprobó que los dos accidentados eran hermanos. Allí donde había un bar, cuyo destrozo por estos accidentes aconsejó su demolición, hoy se ubica una marquesina de parada de autobús y unos árboles en el jardín que hay detrás de la marquesina.



Soka-tira, 1975.



Cuadrilla de chicas, 1976.



Futuros maridos, 1976.

III.

ALGUNOS NOMBRES PROPIOS

La bondadosa señora

El *Etxetxu*, la vieja lonja donde instalamos el bar de la Comisión durante los primeros años, tenía una planta superior. En ella vivía, y aún vive, nuestra bondadosa señora. Por la historia que vamos a contar, y para evitarle cualquier contrariedad, - aún seguimos sensibilizados e indignados con lo que pudo haber ocurrido -, hemos decidido preservar su identidad, con nuestro inmenso agradecimiento.

Sin ninguna duda era la persona a la que más podían molestar las fiestas, al tener éstas su núcleo principal justo debajo de su casa.

Sin embargo, no sólo nunca manifestó la menor queja sino que, por el contrario, realizó un acto de tremenda humanidad. Puso un sencillo papel en la puerta de acceso a las escaleras que llevaban a su casa, redactado a mano, donde ponía “enfermería” con una flecha indicando hacia arriba. Fue su generosa manera de colaborar y participar en las fiestas.

La actividad el bar producía frecuentemente pequeños cortes, principalmente en las manos, para cuya cura subíamos,

fuera la hora que fuese, a su casa. Junto a la puerta de entrada había un pequeño aparador, sobre el que la buena mujer tenía los materiales precisos para una cura rápida. Pese a nuestra insistencia, nunca permitió que le pagáramos por dicho material. Su actividad no sólo se limitó a curar heridas, ya que también tuvo que atender a borrachos, que eran completamente desconocidos para ella.

Unos años después del ataque integrista, a media mañana, bajo una señora conocida y de nuestra total confianza, muy alarmada y preocupada, informándonos que en determinados ambientes se estaba creando una corriente de opinión para denunciar a tan amable y bondadosa señora.

En el curso de la mañana discutimos el tema con varios abogados, que fueron acrecentando nuestra preocupación, ya que las leyes vigentes en aquel momento penalizaban particularmente la infamia de la que pretendían denunciarle.

En este proceso de información, llegó a nuestro conocimiento un confuso hecho reciente, la dueña de uno de los principales palacios de Neguri había sido acusada de algún tema similar, y pese a la intervención y apoyo de ministros y embajadores del régimen vinculados a Neguri, sólo un largo destierro voluntario de dicha señora a otro país había paralizado el proceso judicial.

Obviamente, nuestra bondadosa señora no iba a disponer del apoyo de tan poderosos señores, ni disponía de recursos económicos para disponer de un buen abogado - probablemente ineficaz si la sentencia, como podía presumirse sin alto riesgo de error, estaba dictada de antemano -, ni para costearse

unas largas vacaciones en, por ejemplo, la Riviera francesa, por lo que, de prosperar tan ruin acción, podría pasarse una larga temporada en una mazmorra, pese a su inocencia. Evidentemente, contaba con todo nuestro apoyo.

Se convocó la comisión con carácter de urgencia a primera hora de la tarde, informándose de la gravedad de la amenaza. Nos hervía la sangre por la ruindad e inhumanidad de las personas, ahora sin cabeza visible, que podían estar detrás de tal vileza que, pretendiendo cargarse las fiestas, estaban dispuestas a arruinar la vida de tan amable e indefensa señora, y tomamos rápidas decisiones.

Por una parte, pusimos inmediatamente a trabajar a nuestras hermanas, madres y amamas, para que en todos los sitios públicos denunciaran la barbaridad que pretendía perpetrarse en una persona totalmente inocente y sin capacidad de defensa. Se incluía un mensaje bíblico de advertencia dados los posibles inductores: *“por mucho menos, Jesucristo había expulsado a los mercaderes del templo”*.

La misma tarde, encargamos en la tienda de deportes de Gaztañaga una placa de agradecimiento de la comisión de fiestas a nuestra bondadosa señora, y en una imprenta, la publicidad de una sardinada popular en el Puerto Viejo para agradecerle su humanitaria y desinteresada labor durante muchos años. Los carteles se colocaron durante el día siguiente en los principales lugares públicos de Algorta, para reforzar la presión.

Estas acciones pararon el proceso de raíz, y nunca se produjo la denuncia. El núcleo integrista volvió a replegarse, y ya no tuvimos más noticias del mismo.

El acto de homenaje se celebró el primer fin de semana siguiente, fue emotivo por su sencillez. Ella sólo acertaba a sonreír a todo el mundo. Las abundantes sardinas saciaron a todos los que se acercaron al homenaje. Sabemos que la placa entonces recibida se encuentra en el aparador a la entrada de su casa.

Por notas de la prensa, nos hemos sorprendido al conocer ahora el cambio de trayectoria del ataque, que en su momento, nos pasó completamente inadvertido. Bajo el título de *bandas de gamberros en Guecho* el 13 de Agosto de 1976 apareció este artículo en la prensa local:

“Varias bandas de gamberros vienen actuando incontroladamente en las fiestas de Guecho, cometiendo extorsiones y buen número de atropellos contra las personas y las propiedades, lo que ha motivado la gran preocupación de muchos vecinos de la localidad, principalmente dueños de establecimientos públicos, que van a celebrar una reunión para tratar el problema.

Esos jóvenes están utilizando en alguna ocasión procedimientos tales como ir a los bares exigiendo, en vez de pedir, contribuciones para las fiestas. Han fijado cuotas que varían entre las 6.000 y 10.000 pesetas, bajo la amenaza de que si la tarifa no se hace efectiva tomarán represalias. Recientemente en un bar de la playa de Ereaga un grupo de estos gamberros rompió 14 sombrillas y las arrojó al agua.

Otros, finalizadas las fiestas, en la primera hora de la madrugada, continúan sus algaradas callejeras aporreando tambores, hasta las cuatro y las cinco de la madrugada.

Diversos vecinos han sugerido que las asociaciones de familia, que promueven tantas inquietudes, tomen cartas en el asunto, solicitando además una mayor vigilancia policial.....”.

La clave del artículo parece estar en el último párrafo cuando habla de “diversos vecinos”, probablemente el mismo núcleo integrista, ya que ocurrió al mismo tiempo.

Los importes que menciona pueden estar relacionados con el programa de fiestas. Antes de su confección, se recorrían bares y otros establecimientos comerciales para ver el interés en la publicación de anuncios en el programa, su tamaño y contenido, llegándose a un acuerdo con quienes querían aparecer voluntariamente en el programa. Siempre se consiguió una alta colaboración del comercio, sin tener que amenazar a nadie. Además debe indicarse que pese a las contribuciones por publicidad, las mismas no llegaban a alcanzar la financiación del coste del programa, las paginas propias del programa de fiestas no se cobraban a nadie, por lo que las cuotas pedidas eran razonables según el tamaño de cada reseña publicitaria, y según el presupuesto de la imprenta.

Una vez preparado el programa, se distribuía por los mismos establecimientos para que lo pusieran en sus mostradores de manera que pudieran llegar a los clientes de cada uno y, previa confirmación de que el anuncio publicado era el acordado, se procedía a su cobro.

En algún caso aislado pudo ocurrir que el dueño del establecimiento, una vez impresa la publicidad, se negara a su

pago, y la persona que le llevaba los programas tuviera poco tacto (aquel año se encargó del tema una cuadrilla de gente muy joven y de menor experiencia). En todo caso, y si realmente ocurrió algún altercado, tuvo que ser tan aislado que nunca llegó a oídos de la comisión, ni por los dueños de los establecimientos ni por ninguna asociación de familia.

Igualmente en el artículo se confunde la hora del final del programa festivo oficial de cada día con el final real de las fiestas en cada día, estas siempre se prolongaron hasta la madrugada.

Realmente, este artículo tuvo tan poca transcendencia que nos hemos enterado 25 años después, siendo los presuntos máximos responsables de los desmanes indicados, en aquel año de 1976.

Bixente

Bixente era un hombre de mediana edad, que se nos acercó al comienzo de las primeras fiestas, indicándonos que estaba dispuesto a asar las sardinas que consiguiéramos, en la parrilla que había en el Puerto, como había hecho en años anteriores.

Fue un hombre fiel, y durante todos los años, siempre estuvo al pie del cañón, asando las sardinas, y con buen humor, pese al calor y al olor que se sufrían en las proximidades de la parrilla.

Las sardinas las comprábamos en Santurce, desde donde las traíamos en gasolino. Si algún día no había sardinas, se mostraba sinceramente enojado, quejándose que sin sardinada no podía haber unas fiestas completas.

Nuestras madres

En este apartado, no podemos olvidarnos de nuestras madres, ya que sin su apoyo y colaboración, las fiestas nunca hubieran sido lo que fueron. Las madres, son esos extraños seres, que se pasan toda la vida criticándonos y considerándonos niños, pero son las únicas que nos comprenden y en quienes podemos confiar ciegamente.

En aquellos tiempos, la práctica totalidad de nuestras madres se dedicaba a sus labores. Esto quiere decir que, de una manera rutinaria, sistemática, y diaria, hacían la casa, lavaban la ropa, hacían los recados y preparaban las comidas, cada una de acuerdo con su manera de hacer, y todas con un alto grado de eficiencia.

Las fiestas les producían una completa alteración de sus costumbres y la generación de ciertas incertidumbres que afectaban directamente a las rutinas, por lo que el riesgo de conflicto era muy elevado. Dormir durante el día, utilizar los baños cuando ya estaban limpios y dejarlos impresentables, llevar a amigos a comer o a cenar a horas intempestivas, tener en casa parientes o amigos durante todos los días de fiesta, eran las alteraciones más normales.

Además, el habitual uso de disfraces para los diferentes festejos les suponía trabajar para que se pudieran llevar a la práctica las ideas geniales de algunos de sus hijos pero totalmente irrealizables por ellos, dada la falta de habilidad de corte y costura que teníamos los chicos de la época.

Quizá, el único elemento que les ayudaba era el uniforme de las fiestas: la camisa de *arrantzale*. Prácticamente utiliza-

da por todo el mundo, esta prenda, barata, dura, resistente, efectivamente utilizada por los profesionales de mar en su trabajo, evitaba muchos conflictos domésticos por suciedad o roturas. La prenda en cuestión, muy sufrida, era capaz de ir absorbiéndolo todo, sudor, agua de mar, salpicaduras de bebidas, etc. y, si no se lavaba periódicamente, tendía a endurecerse y pudiendo llegar a convertirse en una auténtica armadura medieval.

La anécdota que relatamos a continuación nos ha sido recordada por una de nuestras madres, y la hemos completado con recuerdos de otras sobre el mismo acontecimiento.

En uno de los años, estábamos en la playa de Arrigunaga, tumbados en corro, el día anterior al inicio de las fiestas. Habíamos decidido salir disfrazados de músicos, como una banda de cartón. Alguien, la tarde anterior, había hecho los instrumentos, con tubos de plástico recortados y unidos con cinta aislante, trompetillas, coladores y otros artilugios domésticos, para simular diferentes instrumentos de viento, pero nos faltaba el traje.

A alguno se le ocurrió ir con smoking, pero nos faltaban ideas al respecto. En un corro próximo, estaban algunas de nuestras madres. Una comisión, formada por los hijos y aquellos de los amigos que sabíamos eran bien vistos por las madres presentes (éstas siempre consideran a algunos de los amigos de los hijos como poco recomendables, por lo que había que evitar su presencia para una negociación tan sensible), se acercó y planteó la cuestión. Algunas, viendo lo que se les venía encima, decidieron desaparecer y darse un baño.

Sólo se quedaron dos, y una de ellas dijo que se comprometía a cortar los smokings con sábanas viejas, y preparar las pajaritas, pero que cada uno hablara con su madre para ver si cosería los botones, plancharía la prenda y remataría la faena.

A las pocas horas, empezamos a desfilar por la casa de la madre de Juani con una sábana debajo del brazo. En el salón de la casa se había reconvertido la mesa del comedor en un taller de alta costura. Cada uno era personalmente medido y se hacían a continuación sobre la tela de la sábana vieja rápidas medidas y certeros cortes, incluyendo las formas de las solapas, cuello, etc. Según se acababa el corte de cada uno, éste salía corriendo para su casa, para que su madre rematara la faena.

Al día siguiente todos salimos perfectamente uniformados con el smoking y la pajarita perfectamente planchados, sobre la ropa habitual (camisa de *arrantzale* y pantalón mahón). Bastantes, inclusive, y gracias a los esfuerzos de la tía Consuelo, llevaban su prenda perfectamente almidonada, labor a la que tuvo que dedicar gran parte de la noche. A partir de una sábana vieja y una enorme imaginación, habilidad y dedicación de tiempo de nuestras madres, el disfraz era de gran calidad.

Juantxin

Juantxin había sido marino. Nosotros le conocimos en los sanfermines, el mismo día de San Fermín, acompañado de su inseparable Lauri, con un fajo de diarios de Navarra bajo el brazo que acaba de comprar a un repartidor ambulante, con el pretexto de que era un día de fiesta y no se debía trabajar. Dada su generosidad iba regalando los periódicos a los viandantes.

Ese día nos contó, y le creímos, que dejó de ser marino un día que salía del Puerto de Bilbao, y al llegar a Punta Galea, se preguntó que hacía alejándose de lo que más quería, y arrojándose al mar, volvió a nado, para no embarcarse nunca jamás.

Era hombre de extraordinaria memoria y gran fortaleza en las piernas, - invariablemente ganaba las apuestas de saltar escaleras hacía arriba en el Puerto, aún contra deportistas de elite -, y tenía por costumbre no utilizar las escaleras durante las fiestas, sino que bajaba por el petril, balanceándose, poniéndonos a todos el alma en un puño. Pese al evidente riesgo, nunca tuvo un accidente, en sus curiosos descensos.

Juani

Probablemente, fue Juani quién más y mejor disfrutó de las fiestas. Asistente a todas las reuniones preparatorias de la comisión de fiestas de cada uno de los años, pronto descubrimos que tenía una memoria fotográfica para recordar los principales pasajes y acuerdos de cada una de las reuniones. Ello nos evitó tener que utilizar un libro de actas, ya que bastaba con preguntarle cualquier tema para que repitiera, casi exactamente, todo lo que se había dicho sobre el mismo.

Excelente ojeador de la inagotable cantera de bellezas getxotarras, se le considera inductor y responsable directo de una parte importante de las bodas de los miembros de la cuadrilla *antzarra*, no particularmente hábiles en las relaciones iniciales con el sexo opuesto. Su habilidad no ha decrecido con el paso del tiempo, pero parece ser poco conocida por los actuales jóvenes de la localidad, que no se aprovechan suficiente-

mente de sus altas y contrastadas capacidades de detección de guapas chicas casaderas.

Juani continúa prestando importantes servicios a la comunidad de Algorta. En esta esquina del climatológicamente inestable Golfo de Bizkaia, constituye el mejor servicio meteorológico ambulante. Si sale a pasear con paraguas, aunque el día esté radiante, los mas precavidos, en cuanto le ven, corren presurosos a su casa a por ropa de abrigo. Invariablemente, al poco tiempo, está lloviendo. Igualmente, no hay boda o funeral que se precie, si el primero en besar a la novia o dar el pésame a los deudos no es Juani.

La cuadrilla *Antzarrak*

Gran parte de la cuadrilla *antzarrak* ha sobrevivido al paso de los años. Aquella cuadrilla de jóvenes deportistas, alegres y bastante despreocupados, maduraron, acabaron sus estudios y se dedicaron a diversas profesiones.

Frecuentemente se reúnen en el txoko *Lagun Zarrak* del Puerto Viejo, donde rememoran sus viejas andanzas, y de cuyos recuerdos se ha nutrido este pequeño libro.

Jon Lázaro

Perteneciente a la cuadrilla de Kantarepe, jugaba al rugby en el equipo de la Universidad de Sarriko, y en las fiestas del año 1975 lió a un grupo de personas de las cuadrillas para jugar al rugby en la playa de Ereaga, juego desconocido para la mayoría, unos días después de terminadas las fiestas.



Primer equipo del Getxo, 1975.

Nos juntamos unas 30 personas y tras una breve explicación de las reglas del juego, las posiciones y los movimientos, jugamos un partido completo. Dos meses después, gran parte de las personas que jugaron aquel primer partido, constituyeron el primer equipo de rugby de Getxo.

IV.

NUESTRAS ÚLTIMAS FIESTAS

El presupuesto de fiestas

Eramos conscientes de que era el último año en el que todos íbamos a participar en las fiestas. Hacía algunos años que habíamos dejado de gestionar los bares de la comisión de fiestas, y ya sólo nos encargábamos de la dirección de las fiestas y de algún festejo fácil de organizar.

En el curso de los años, el presupuesto había ido creciendo considerablemente, pero siempre se había finalizado con superávit, por lo que había cierto excedente, en patrimonio y en la cuenta corriente.

La gente cada vez tenía más coches y se desplazaba a otras fiestas, que también habían crecido, y particularmente existía una fuerte competencia de las más próximas, las de San Ignacio en Algorta.

Percibíamos el riesgo de que las fiestas del Puerto Viejo dejaran de ser *las* fiestas, para ser *unas* fiestas más, lo que llevaría a reducir el interés con un nivel de menor participación, lo que era el aspecto más singular de estas fiestas, en aquellos años.

En particular, la competencia de las nuevas fiestas de Bilbao, que también se anunciaban participativas y basadas en *comparsas*, y dado que una parte de las cuadrillas estaban formadas por veraneantes residentes en Bilbao, podía suponer el declive de las nuestras.

El Ayuntamiento, ese año, triplicó la subvención a las fiestas, alcanzando un importe de 75.000 pesetas. El presupuesto se había incrementado notablemente desde las primeras, unas 20 veces, y su liquidación final superó los 13 millones de pesetas.

Por todo ello, decidimos asumir riesgos, e incrementar los espectáculos. Una regata de traineras y la actuación de la orquesta Mondragón, fueron las principales incorporaciones a los festejos tradicionales.

La visita de los extrañados

Por una pequeña licencia, introducimos aquí esta historia que realmente ocurrió el mismo día del año anterior. Eran las 15,30 de la tarde, el Puerto Viejo estaba prácticamente vacío, y estábamos esperando a los jueces de la Federación de Remo para organizar la regata de trainerillas. Una persona se nos acercó muy decidida, a quién confundimos con un federativo.

De una manera muy directa, y sin digerir la confusión inicial, nos planteó que era un delegado de los extrañados a Suecia, que acababan de volver, y que deseaban hacer una de sus presentaciones sorpresivas en el puerto viejo, dada la importancia y prestigio del lugar y la alta asistencia a estas fiestas.

Le manifestamos nuestras reticencias, y le contamos la historia de las fiestas, desde la visita al alcalde y la paz que habíamos disfrutado. Teníamos pocas dudas que la aparición de estas personas vendría seguida de una inmediata carga policial. Además, el presidente y el vicepresidente estaban habiendo el servicio militar por lo que, por sus cabezas pasó, inmediatamente, la ingrata visión de un largo periodo de tiempo en una mazmorra en Ceuta llena de cucarachas, y fregando las cubiertas de los vetustos y oxidados barcos de la armada, respectivamente.

Empezamos intentándole convencer de que no era oportuna la visita. Aquella noche era precisamente la noche sin nada, y los medios electrónicos de sonido que el Ayuntamiento había puesto ese año a nuestra disposición, aquella noche estarían en los frontones de Fadura, para otro acto.

Pacientemente, le fuimos describiendo las escasas posibilidades de desalojo del puerto, por las rocas hacia *Kantarepe*, los pequeños caminos del monte hacia Usategi, la mas segura -arrojarse al mar -, el estado de la escalera, y la facilidad con lo que un par de dotaciones policiales podría cerrar las salidas normales, provocando el pánico y la caída masiva de personas con probables resultados trágicos.

En ese momento, el representante aportó el nombre de algunos confidentes de la policía que vivían en las inmediaciones. Nos sorprendió su escaso conocimiento y procedimos a completarle la lista con los que nosotros conocíamos, indicándole los domicilios de cada uno. Entre todos, sin bajarse de su casa, controlaban perfectamente todo el recinto, y sus alrededores.

Nuestro interlocutor se iba preocupando progresivamente, y reaccionó diciendo que el acto sería breve y por sorpresa. Por nuestra parte, le indicamos que evidentemente no podíamos asumir la responsabilidad de una tragedia, por lo que, antes del acto, procederíamos a informar, boca a boca, a las personas más débiles, y recomendaríamos que no entraran en el recinto ancianos, mujeres y niños, por lo que nuestra actuación, aunque fuera muy discreta, podría llegar a oídos de los confidentes, quienes informarían inmediatamente al Gobierno Civil. Además, y aunque nunca habían actuado, en todos los años de fiesta había habido pequeñas dotaciones de la Guardia Civil en las carreteras de acceso al puerto, por lo que llegarían, reforzadas con más elementos, en muy poco tiempo, impidiendo la salida.

Finalmente, prevaleció el buen sentido, indicándonos que no vendrían aquella noche al Puerto Viejo.

La regata de traineras

Los antecedentes

En años anteriores, en uno de los días de fiesta, había habido una regata de trainerillas y bateles. Esta regata, parte de la liguilla provincial, era organizada por otros, la Federación Vizcaina de Remo, totalmente ajenos a nuestra organización de festejos, aunque contribuíamos a los modestos premios.

En los últimos años, al atender a los premios, se habían integrado en el programa de fiestas, por lo que estas regatas de trainerillas eran percibidas como parte de las fiestas.



Regata de bateles, 1975.

Hemos encontrado reseñas de prensa de las mismas desde el año 1973. Así en el año anterior, 1977, el 12 de Agosto, la prensa local, y firmado por *Estrobo*, publicó la siguiente reseña:

“El programa de fiestas de Algorta, dentro del incomparable marco de su “Portu Zarra”, comprende la regata de trine-rillas que anunciamos a los aficionados días pasados. Hasta última hora no se sabrá la definitiva lista de participantes. La organización nos comunica que todos los clubs de nuestra provincia han sido invitados y salvo Kaiku y Santurce, con plena dedicación a la trainera, esperamos que estén presentes en Algorta, si es que de verdad les afecta esta nueva llamada hecha por quién con muchos sacrificios pretende prestar un buen servicio al remo vizcaíno.

Haciéndonos portavoces de los deseos de nuestros clubs y por la propia promoción del remo en Vizcaya, hemos venido haciendo hincapié en la necesidad de que los pueblos de nuestra costa dispusieran de su regata particular. El propósito se está logrando y para que cobre solidez ningún club debe hacer oídos sordos a estas citas. Que no puedan mas en nuestra juventud las verbenas y la “dolce vita” veraniega que la dedicación a un deporte tan nuestro.

En justa reciprocidad a la invitación hecha por Guetaria y cumplimentada por Algorta en aquel puerto guipuzcoano el pasado sábado, la trainerilla color cuero de la villa de Juan Sebastian Elcano se unirá a los participantes vizcaínos en la disputa del elemento que le es propicio, el mar abierto, de los premios que los algorteros han dispuesto y que son los siguientes: primero 12.000 pesetas, segundo 10.000 pesetas, ... y décimo 3.000 pesetas.

Para pasar una buena tarde, los aficionados a nuestro deporte tienen concertada una cita en uno de los rincones mas jatorras de nuestra geografía: El “Portu Zarra” de Algorta....”.

El día 14 de 1977, se publicaban sus resultados:

“Dentro de las fiestas del puerto viejo de Algorta ayer por la tarde se celebró una regata de trainerillas con la participación de ocho embarcaciones vizcaínas y una guipuzcoana, que han regateado en tres tandas la distancia de 3.500 metros en cuatro largos y tres ciabogas. Mucho público en los muelles y mar llana. Algorta B, Ondárroa y Mundaca han vencido en las respectivas tandas”.

La apuesta por un plato fuerte del programa de fiestas

Para aquel año, parte de los miembros de la comisión, y particularmente su presidente, habían decidido realizar una regata de traineras. Fue imposible encontrar ningún patrocinio, por lo que el coste íntegro de las mismas iba a correr por cuenta de nuestros fondos. La regata iba a ser a primera hora de la tarde, del último día de fiestas, el 14 de Agosto.

El presupuesto de la regata, teóricamente bien estimado, ascendía a más de dos millones de pesetas. De ellos, la bandera, premio en especie para el ganador, superaba el medio millón de pesetas. El resto del presupuesto estaba formado por el coste de los federativos, los autobuses de los remeros y los premios en metálico.

Los gastos reales

A mediodía empezaron a llegar las tripulaciones de las traineras de los clubs más alejados, de Guipúzcoa y Santander, y el desastre financiero comenzó a ser evidente. No estaba previsto el coste de las comidas de los remeros y de las directivas –obviamente les invitamos a comer en un restaurante, siendo bien conocido el gran “saque” de los remeros -, ni el coste de los camiones que trasladaban las traineras, ni parte del coste de los autobuses, así como otras menudencias. Para las tres de la tarde, la desviación presupuestaria era una certeza. El agujero era de unos dos millones de pesetas, y los talones firmados probablemente no serían pagados a sus titulares el día 16 por los bancos.

Se convocó inmediatamente a la comisión, para intentar cerrar el recinto y cobrar entrada. Varios grupos se desparra-

maron por todo el perímetro desde el que podría verse la regata sólo una hora más tarde, ocupando los diferentes puntos principales, el esfuerzo iba a ser titánico y los resultados inciertos.

Los intentos de cobrar entrada

Los diferentes grupos ocuparon zonas desde la punta de San Ignacio hasta Usategi, los parques de los Chopos y Maria Cristina, la entrada al muelle de Arriluce, las diferentes bajadas al puerto y a la playa de Ereaga.

Como no había sido previsto, no había tickets de entrada para justificar el desembolso del público ni tampoco había elementos de cierre que alertaran de la existencia de una barrera cuyo traspaso pudiera requerir de un pago. La reacción de la mayoría de la gente fue contra nuestro intento.

La tradición de gratuidad de los festejos, el entendimiento de que siempre había habido regatas en las fiestas, el indudable derecho a la libertad de tránsito de las personas por las calles, el hecho de que muchas personas que pasaban por los lugares estratégicos no estaban allí o decían no estarlo por la existencia de una regata, y la apariencia de timo por la ausencia de entradas y barreras hizo que lo recaudado fuera muy exiguo y generalmente por aportación voluntaria.

Mediada la regata, todos los grupos se habían retirado al puerto, con sus pequeñas recaudaciones y un ambiente general de desánimo, pues eran conscientes que un importante agujero financiero afectaría gravemente a las fiestas futuras.

La petición de soborno

Al terminar la regata, uno de los periodistas que cubría en evento, sentado en el pretil, había solicitado que avisaran a los principales miembros de la organización. Avisados y desplazados donde se encontraba el periodista, recibieron una propuesta asombrosa, por una cierta cantidad de dinero, la prensa el día siguiente diría que las regatas de Getxo podrían competir, en pocos años, con las de la Concha de San Sebastián.

Dada la situación financiera, los desplazados, respetuosamente, dejaron actuar al tesorero. Este, tranquilo, dialogante y vacilón, y bastante inocente, normalmente hubiera entrado al trapo, intentando convencer al periodista de cómo podría sostener tal barbaridad, siendo las regatas de la Concha uno de los espectáculos deportivos incomparablemente más bellos del mundo.

Sin embargo, sin mediar palabra y rojo de ira, estiró sus brazos, intentando ahogar y arrojar al periodista al mar, siendo agarrado por varias personas, incluyendo a Tintxu quién probablemente hizo el mejor y más largo placaje de su vida.

Durante cierto tiempo la escena era inenarrable. Por una parte, el periodista, inicialmente inconsciente del peligro que corría, sonreía beatíficamente esperando una respuesta positiva. Por otra, el tesorero, intentaba alcanzar su cuello, a su vez agarrado por tres o cuatro personas por donde podían

Una vez el periodista se dio cuenta del riesgo, giro en el pretil sobre su trasero y desapareció prudentemente. Pese a ello, el tesorero seguía pujando con sus placadores. Estos, creciente-

mente cansados, aguantaban por solidaridad, ya que, si aflojaban, su amigo saldría despedido por inercia y pasaría por encima del petril estrellándose contra las rocas. Con el esfuerzo, el tesorero se iba liberando de la tensión, y comenzaba a pensar soluciones. Tras algunos minutos, en los cuales comenzó a arremolinarse gente por lo insólito de la situación, el tesorero dejó de porfiar, tranquilo y sonriente dijo a sus placadores, aliviados, que aún había soluciones.

El periodista, desairado, hizo uso de su poder. Así, al día siguiente, publico lo siguiente:

“A primera hora de la tarde de ayer tuvo lugar en aguas del puerto viejo una regata de traineras en la que la nota más destacada ha sido el mal balizaje del campo de regateo. Por las diferencias tan ostensibles de una cala a otra, no se facilitaron tiempos de la confrontación. El resultado fue Kaiku, Algorta, Pasajes de San Juan, Arraun Lagunak, Laredo. Previamente se celebró una regata de trainerillas, en la que sólo tomaron parte dos embarcaciones. La victoria fue para Algorta, quedando Lequeitio en segundo y último lugar.....”.

La enorme ilusión y la asunción de todo el coste de la regata, sin patrocinio alguno, había sido un fiasco, poniendo en grave riesgo el futuro de las fiestas.

La orquesta Mondragón

Para esa noche estaba prevista la actuación de la Orquesta Mondragón, que recientemente creada, había alcanzado un alto grado de notoriedad. El coste de su contratación fue muy elevado, pero había creado mucha expectación, ya que poca gente les había visto actuar en directo.

La prensa había anunciado esta actuación bajo la siguiente reseña: *Presentando el show “Chorizo de Johnny Zineel” a las diez y media de la noche en el aparcamiento del puerto viejo. Precio de la entrada 50 pesetas.*

Pese al anuncio de que se iba a cobrar, la cuadrilla organizadora no había tomado ninguna prevención sobre cómo iba a cobrar la entrada. El tesorero no era consciente de ese anuncio, y la idea que le había tranquilizado era la posibilidad de cobrar la entrada al concierto, para lo que se había organizado toda la cuadrilla. Cerrar el puerto viejo era más fácil que todo el perímetro de las regatas y si la gente quería ver el espectáculo, tendría que aproximarse mucho y cruzar los piquetes, previo pago.

Media hora antes del inicio del festejo empezó a bajar la gente. Los primeros que fueron llegando eran adolescentes y cuando les indicábamos que tenían que pagar, echaban su mano al bolsillo y ponían sobre la palma todo el dinero que tenían dispuestos a entregarlo. El dinero que llevaban era para uno o dos refrescos por lo que no teníamos el valor de quitarles las monedas y decidíamos no cobrarles, con el compromiso de que lo gastarían en los bares de la comisión.

La siguiente tanda de gente estaba mayoritariamente formada por gente que nunca había venido a las fiestas, pero que había sido atraída por el prestigio de la Orquesta y las cuñas en prensa y radio. Algunos pagaban y otros discutían nuestro derecho a cobrar, sin justificante de entrada. La afluencia era creciente y se formaban largas colas iniciándose la impaciencia, por lo que hubo que levantar los piquetes, consiguiendo, otra



Morotxo proclamándose "Miss Kalimotxo", 1975.

vez, una exigua recaudación. La actuación de la Orquesta fue un gran éxito.

La suerte estaba echada. Durante la noche, se produjeron agrias discusiones entre los principales miembros de la comisión sobre el cambio operado de fiestas participativas a fiestas espectáculo, y la necesidad de cobrar a la asistencia cuando siempre habíamos podido sufragar los costes. Como consecuencia, muchos decidieron que no volverían a participar en su organización.

Sin embargo, a la mañana siguiente descubrimos el milagro. La recaudación de los bares de la comisión había sido extraordinaria, más del doble de lo alcanzado nunca en una noche, y con ella conseguimos cubrir todos los costes y mantener el superávit acumulado en años anteriores. Dado que probablemente los encargados de los bares no habían sido tan previsores como para tener un elevado nivel de existencias para la última noche, no es improbable que mucha gente, consciente de la situación, hubiera dejado generosas y anónimas propinas en los bares de la comisión, para apoyar a las fiestas.

El traspaso

El año siguiente, y durante muchos años, la organización de las fiestas obligó a otras personas, y particularmente a *Morotxo* y a *Ardanza*. Fueron años complicados, por el cambio de Algorta a ciudad dormitorio, con una estructura social en la que durante muchos años faltó gente entre los 17 y los 25 años, y en los que tuvieron que competir, con creciente desigualdad, con otras fiestas.

Pese a la muy superior generosidad municipal en el apoyo presupuestario a las fiestas, la catalogación de las fiestas del puerto viejo como “de barrio” nunca permitió una adecuada financiación de las mismas. El creciente concepto de fiestas – espectáculo y la menor participación activa de la gente en las fiestas aparentemente le han hecho perder peso específico frente a otras.

Sin embargo, y pese a la pérdida de algunos de los elementos que nosotros considerábamos como aspectos más distintivos de nuestras fiestas, las fiestas del Puerto Viejo continúan teniendo suficiente magia y singular atractivo. Pese a su actual modestia, para muchos jóvenes de Algorta y de otras zonas próximas continúan siendo las mejores fiestas.

En todo caso, esta ya no es nuestra historia, por lo que corresponde a otros contarla, si es que lo quisieran hacer.



Carrera de burros, 1975.

EPÍLOGO

Al hacer este documento nos hemos divertido mucho, y hemos pensado que también puede servir para que nuestros hijos, que pronto alcanzarán la edad que nosotros teníamos cuando empezamos a participar en estas fiestas, sepan cómo se divertían sus padres, en unas circunstancias muy diferentes de las actuales, y quizá les sirva para algo.



Juego de la trompa, 1975.